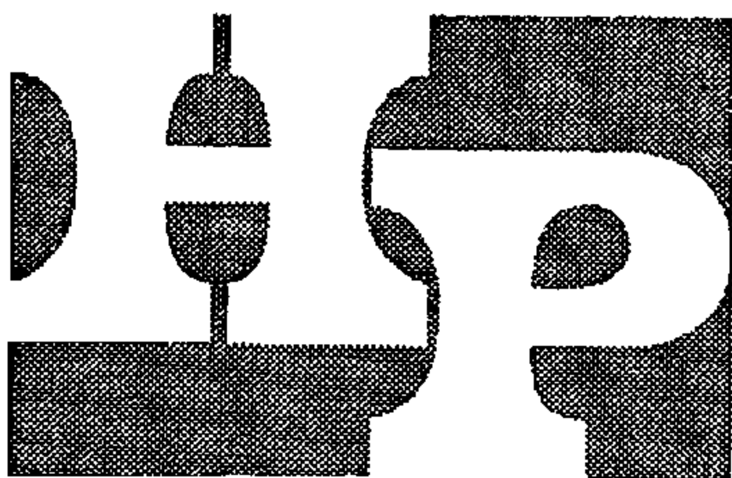


Silver Kane

EL ZORRO Y LA TIGRESA





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL ZORRO Y LA TIGRESA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 107
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 4853-1972

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: abr. , 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Tony Holden cargó de nuevo su rifle y apuntó furiosamente contra el grupo que se acercaba al galope.

Hizo fuego. Otro de los jinetes dio un extraño salto, como si de repente le hubieran nacido alas, y se sostuvo durante unos segundos en el aire. Luego cayó de golpe y quedó hecho un ovillo en tierra, mientras sus compañeros seguían avanzando.

Holden movió la palanca y disparó por segunda vez.

Un nuevo jinete brincó por los aires, pero éste había sido alcanzado en el vientre, y antes de caer a tierra se contorsionó trágicamente durante algunos segundos. En el suelo siguió retorciéndose y lanzando unos aullidos que hacían estremecer.

Los otros jinetes vacilaron un momento.

Habían sido ocho en un principio, y ahora no eran más que cuatro. La alegre borrachera con que habían iniciado aquel ataque se esfumó de repente, como una pompa de jabón que se deshace en el aire.

Ahora se daban cuenta de que tenían enfrente a un tirador experimentado, duro y dispuesto a todo. Por otra parte, entre ellos y el tirador no había más que un pedazo de llanura pelada, con un único relieve que era la recta línea del ferrocarril. Pero ni siquiera eso podía servir como parapeto, mientras que su adversario estaba bien situado tras una gruesa pila de troncos. Tampoco parecía haber forma humana de rodearlo y atacarle por la espalda.

Todo eso pasó por sus mentes en menos de diez segundos de vacilación, diez segundos que resultaron fatales. Porque Tony Holden volvió a disparar otra vez, y un nuevo jinete cayó justo en el instante en que hacía girar su caballo.

Los otros huyeron precipitadamente, sin dar tiempo a su

enemigo a disparar de nuevo. Pegados a los lomos de sus caballos, procuraron formar un solo cuerpo con éstos para que ninguna bala rezagada les alcanzase. Momentos después, ya no eran más que pequeños puntos en la llanura infinita.

Tony Holden movió otra vez la palanca del rifle, pero no hizo ningún nuevo disparo. Se limitó a lanzar una maldición.

Luego dejó aparecer su cabeza por encima del borde de la pila de troncos y miró hacia el frente con absoluta tranquilidad. El peligro quedaba ya bien lejos.

Ante él se extendía la llanura recta, monótona e inacabable, sólo cortada por la línea del ferrocarril que se prolongaba hasta el límite del horizonte.

Cinco cadáveres yacían muy cerca de aquella vía, retorcidos en las posturas más extrañas y trágicas. Sus caballos habían terminado por seguir a los que huían, aunque más lentamente. Junto a Tony, pegado a la pila de troncos, había otro cadáver: el de Simmons, el vecino que había acudido a ayudarle cuando el ataque de los forajidos empezó.

Tony Holden se echó el sombrero sobre los ojos, vio que nada podía hacer por su vecino y salió a la llanura, abandonando la protección que le ofrecían los troncos.

Los cinco hombres, a los que había abatido con los disparos de su rifle, también estaban muertos. Incluso el de la bala en el vientre también había acabado por exhalar su último suspiro.

Lentamente, Holden volvió al poblado.

Seymour contaba con unas veinticinco casas, y había en ella una iglesia, un establecimiento bancario, una enfermería y una escuela. No había, en cambio, ningún local ni tugurio.

Quizá de todas las ciudades del Lejano Oeste, era Seymour la más puritana, la más limpia, la más ordenada, la más llena de encanto para los que en el Oeste habían soñado vivir en paz.

Hasta ahora.

Balanceando su rifle, Tony Holden dobló la esquina del primer edificio, dejando la pila de troncos situada a unas cien yardas de la entrada de la población.

Un mozalbete salió a su encuentro.

—¿Qué, *sheriff*?

—Hum…

Rafols, el tendero, se acercó a él bamboleando su grueso vientre.

—¿Muchos muertos, *sheriff*?

—Hum…

Una gruesa matrona apareció en una de las puertas, empuñando un rodillo de amasar.

—¿A quién hay que apiolar, *sheriff*?

—Hum…

—¿Sabe que está usted muy poco comunicativo esta mañana? —chilló la matrona.

El *sheriff* alzó la cabeza y la miró.

—He querido decir que ya no son necesarios sus estimables servicios de machaca-cráneos, señora Evans.

Y siguió caminando.

Unas yardas más allá, frente al edificio donde solía reunirse la Junta de Vecinos de la cual era presidente, se detuvo y miró en torno suyo.

Bastantes hombres se habían congregado en torno, todos ellos empuñando armas y mirándole en actitud expectante. En estos momentos todos eran muy valientes y parecían grandes maestros del rifle, pero a la hora de la verdad ninguno de ellos, excepto Simmons, había ido a ocupar su sitio tras la pila de troncos.

El *sheriff* se limitó a gruñir:

—Todo ha terminado.

Hubiera querido alejarse del grupo sin perder más tiempo, pero las preguntas llovieron sobre él.

—¿Cuántos eran?

—¿De dónde venían?

—¿Qué era lo que buscaban esos buitres aquí?

—¿Quién los mandaba?

Esta última pregunta fue la única que contestó Tony Holden.

—Los mandaba Karter —musitó.

El hombre hizo que un escalofrío pasara por las espaldas de todos los que formaban el grupo.

—¿Karter?

—Diantre, Karter estaba en Arizona…

—No puede ser…

—Ahora está aquí —dijo sencillamente el *sheriff*—. Y eso no ha de extrañar a nadie, puesto que Karter va allí donde hay jaleo.

—¿Y en nuestra tierra va a haberlo? —preguntó el tendero Rafols.

—Sí.

—No veo por qué —gruñó el tendero.

—Pues yo sí —la voz del de la placa era clara y metálica—. Esto va a complicarse porque está a punto de ser reanudado el trabajo para el tendido del ferrocarril.

La noticia cayó como una bala de cañón en medio de los reunidos. Todos abrieron la boca al principio, con estupor, como si les hubiera movido un mismo resorte. Luego se miraron con ojos que reflejaban miedo.

El ferrocarril había sido una pesadilla hasta un año antes, en que las obras quedaron suspendidas a tres millas de la ciudad de Seymour. Durante dos breves semanas, mientras la vía pasó por delante de la población, sus habitantes vivieron como sobrecogidos por la presencia de un par de centenares de hombres sedientos de licor y pelea, y un par de docenas de mujerzuelas sedientas de dinero. Pero de pronto, de la noche a la mañana, las obras habían quedado paralizadas, no se sabía si por ruina de la compañía o por otra causa. Los obreros y las mujerzuelas habían desaparecido tan rápidamente como vinieron. Podía decirse que los habitantes de Seymour no se habían dado cuenta exacta de la situación; para ellos era como si acabasen de vivir un mal sueño.

Y ahora todo volvía a empezar…

—Esta vez será peor —dijo sentenciosamente Rafols.

—Pues la otra vez no resultó agradable…

—Ni mucho menos. Tres vecinos murieron a causa de peleas que no habían provocado, una mujer fue ultrajada, y el *sheriff* hizo ahorcar a siete hombres del ferrocarril, que se habían propasado.

—Realmente no es mal balance para lo poco que duró la cosa —masculló otro vecino—. Si hay que empezar otra vez, yo no lo aguanto.

—Ni yo —dijo otro.

—Yo me largo…

—¿Cómo sabe que las obras van a ser reanudadas? —preguntó Rafols, más sereno.

—Oí rumores, y la llegada de Karter los confirma. El no ha venido aquí por casualidad.

—Ojalá se equivoque, *sheriff*.

—Desgraciadamente no hay error posible. Siempre he pensado que se había invertido demasiado dinero en ese ferrocarril hacia el Oeste para que luego las vías fueran dejadas pudriéndose en la llanura. La guerra no ha hecho más que empezar.

—¿Cuál va a ser nuestra actitud, *sheriff*?

Otra vez era Rafols el que preguntaba.

—Plantaremos cinco horcas a la entrada de la ciudad, y de cada una de ellas colgaremos a uno de los hombres que encontraréis en la llanura.

—¡Pero si están muertos!

—Precisamente por eso. Ya que no sirven para otra cosa, servirán como advertencia a los que lleguen.

Eran bastantes los que habían comentado a veces, en voz baja, la crueldad del *sheriff*.

Y muchos opinaban que la Ley no se impone sólo matando, sino convenciendo.

Pero nadie discutía las decisiones del *sheriff* Tony Holden. Él era el alma de la pequeña ciudad.

Podía decirse que la había fundado, cuando aquello no era más que un punto perdido en la llanura, fuera de las grandes rutas de las caravanas y las diligencias.

Había costeado la escuela con su propio dinero.

Había trabajado muchas horas, en compañía de otros vecinos, para levantar con sus manos la iglesia.

Había cerrado el único saloon que existía en Seymour, cuando unos forasteros intentaron que trabajase en él una bailarina.

Era valiente hasta la temeridad, recto, cumplidor, seco e implacablemente duro.

Esto era lo que más se notaba en él: la dureza. Jamás perdonaba. Jamás, tampoco, suplicaba perdón.

Hizo un somero saludo y entró en su casa, que estaba muy cerca del Banco, por si era necesario proteger el establecimiento a cualquier hora del día o de la noche.

Rafols, el tendero, murmuró:

—A mí no me quitarán de la cabeza que ese hombre es demasiado duro. La presencia de Karter aquí obedece a una venganza.

—Cierto; quizá alguno de los tipos a los que el *sheriff* ahorcó era amigo suyo.

—Lleva las cosas demasiado lejos.

—Lo curioso es que antes no era así.

—No… —susurró algún otro.

—Desde que murió su mujer, ha cambiado radicalmente.

—¿Hace mucho de eso? —preguntó uno que se había establecido en la población dos años antes.

—Tres años.

—¿Y de qué murió su mujer?

—Oh, nada de particular… Quiero decir que no la asesinó un bandolero, ni ocurrió nada parecido. Simplemente murió de enfermedad. Pero el *sheriff* estaba muy unido a ella y la consideraba la mujer más perfecta de la Creación. Después de enterrarla, todos notamos que algo había cambiado en él. Ya no reía nunca, ya no bromeaba con nadie. Iba al cementerio y se quedaba largas horas quieto, como si pudiese escuchar su voz. Luego, a pesar de que esto era demasiado pequeño y no constituía cabeza de condado, se erigió en *sheriff*. Fue entonces, más o menos, cuando empezó lo del ferrocarril.

El vecino novato musitó:

—Yo nunca he entendido bien a ese hombre. Sólo una cosa hay cierta, y es que no tolera la menor transgresión de la Ley.

—Ni de la moral.

—Es el tipo más inflexible que he visto.

—Odia a las mujeres.

—Y así le va a él…

—Parece que siempre esté mascando plomo.

Mientras tanto el *sheriff* Tony Holden, quien no podía oír ninguno de aquellos comentarios desatados a su espalda, acababa de entrar en la casa donde vivía.

Dentro de ella se recordaba la figura de una mujer.

El *sheriff* se desciñó el cinto con el revólver, tras dejar el rifle en el armero, y lo colgó de una percha situada cerca de la entrada. Luego miró hacia la mujer.

—¿Cómo te sientes esta mañana, querida? —susurró.

—Bien… Quizá un poco nerviosa.

—Haces grandes sacrificios por mí… No creas que no lo

comprendo. Jamás sales a la calle.

—Tú me lo pediste así.

Tony Holden susurró:

—Nunca te lo agradeceré bastante. Esos imbéciles que pueblan la ciudad no deben verte. No deben saber que estás aquí. ¡No deben verte nunca! Aunque… ¿sabes…?, las cosas están cambiando mucho.

—¿Por qué?

—Esto vuelve a infestarse, a poblarse de bandidos de todas clases. Tendré que llamar a Zorro Finger…

CAPÍTULO II

Zorro Finger estaba borracho cuando recibió la carta. Estaba ebrio o lo parecía.

Se hallaba tendido en dos mesas del saloon casi juntas y roncaba tranquilamente cuando el de la diligencia le despertó.

—Eh, tú, tienes carta.

—¿Con dinero dentro?

—¡Yo qué sé! No las abro.

—¿Y de dónde viene?

—De Seymour.

—¡Qué raro! No recuerdo haber dejado ninguna novia allí…

—La letra es de hombre. Y el remite del sobre dice que esto lo envía el *sheriff* Tony Holden. Toma.

Zorro Finger se sentó en la mesa para alcanzar el sobre, y suspiró cansinamente. Pero su aliento no olía a licor ni muchísimo menos. Hubiera podido jurarse que, pese a los síntomas, el muy buitre no había bebido una gota.

El de la diligencia lo notó.

—¿Qué te proponías, Zorro?

—El ranchero Benton me busca para liquidarme. He pensado que no se atrevería a disparar viéndome borracho.

—Pero ¿es qué tienes miedo?

—No, no… Es que esta noche tengo una partida de naipes y una cita con una chica. Si me peleo con Benton no llegaré a tiempo.

—Tú siempre serás el mismo, Finger…

—Hasta que un día esté borracho de verdad, no se lo crean y me dejen apiolado.

Abrió la carta y leyó su contenido. Sus facciones no reflejaron la menor emoción.

—Voy a tener que largarme —dijo al fin.
—¿Adónde?
—A una población llamada Seymour.
—¿Dónde infiernos está eso?
—¡Uf! En Colorado.
—Pues no la he oído nombrar nunca.
—No me extraña. Se halla completamente apartada de la ruta normal de las diligencias. Pero muy cerca pasaba un tendido de ferrocarril que se fue al diablo hace algún tiempo, no sé por qué causas.
Zorro Finger se echó su sombrero sobre la nuca, dejó una buena propina sobre el mostrador, a pesar de que no había bebido casi nada, y salió del saloon.
Había trabajado hasta pocos meses antes como agente especial de la Pinkerton, por lo que tenía algún dinero. No era rico ni lo sería nunca, pero contaba con el dinero suficiente para trasladarse a Seymour, a pesar de que la pequeña ciudad estaba casi en el otro extremo de la Unión.
Fue a la casa de postas y pidió plaza para la primera diligencia que saliese en dirección Noroeste.
—¿Adónde vas? —le preguntó el encargado.
—A Seymour, en Colorado.
—No sé dónde para. Sólo podré despacharte billete hasta Denver, y aun así tendrás que hacer diecinueve trasbordos y medio. ¿Cuándo piensas partir?
—Ya te lo he dicho: En la primera diligencia que haga esa ruta.
—¿Es que tienes miedo?
—¿Por qué dices eso?
—Me han asegurado que el ranchero Benton te estaba buscando para felicitarte con plomo.
—Cierto, pero no quiero pelearme. Estoy muy gandul esta temporada.
—¿Qué tiene Benton contra ti?
—A causa de una investigación que hice para la Agencia Pinkerton de detectives, él resultó muy perjudicado. Se comprobó que había comprado reses robadas y cuando le desposeyeron de ellas juró matarme.
—Pues estás en un buen lío. Benton es de los que no perdonan.

Finger se encogió de hombros.

—No sé a qué viene tanta manta. Al fin y al cabo sólo perdió un puñado de dólares.

—Pero se vio humillado, y eso es lo que no te perdonará.

Zorro Finger se encogió de hombros nuevamente.

—Por mi gusto olvidaría este asunto. En fin, ¿a qué hora sale tu condenada diligencia?

—Dentro de cuarenta y cinco minutos.

—En ese caso voy al hotel a pagar la cuenta y recoger mi equipaje. Estaré de regreso aquí antes de media hora.

Y, en efecto, antes de que los treinta minutos hubieran transcurrido, Zorro Finger se presentó en la casa de postas llevando sobre un hombro un enorme baúl y sobre el otro la silla de su caballo.

Los que esperaban la diligencia lo miraron asombrados.

—¿Pero qué llevas en ese baúl?

—¿No te cabía la silla ahí dentro?

—¿Tanta ropa tienes?

—¿O quizá está lleno de perfumes para tus conquistas?

Finger soltó la silla y luego dejó el baúl sobre el porche, cuidadosamente.

—El amigo que me escribió desde Seymour pidió que le llevara unas cuantas cosas —dijo.

—Pues va quedar satisfecho.

—Lo menos le llevas ahí dentro una señora estupenda…

Las bromas menudearon hasta que los caballos fueron enganchados a la diligencia. Zorro Finger cargó él mismo su baúl y su silla, y luego pagó una ronda de bebida a todos los que iban a ser sus compañeros de viaje. Éstos eran tres vaqueros, una mujer joven y un niño de unos ocho años al que sólo dejaron beber media ración de *whisky*.

Luego emprendieron el viaje.

—¿De veras no estás preocupado por lo de Benton? —preguntó uno de los vaqueros a Finger, cuando llevaban unos quince minutos rodando.

Pero Zorro Finger no le contestó, por la sencilla razón de que ya se había dormido.

Al parecer, lo de Benton no le preocupaba ni poco ni mucho.

Nada en absoluto.

* * *

Sin embargo, media hora más tarde, las cosas empezaron a ponerse feas.

La diligencia atravesaba un pequeño desfiladero cuando tres jinetes aparecieron en la desembocadura del mismo, cortándole el paso.

No iban enmascarados. No tenían inconveniente alguno en que se les reconociese. El que ocupaba el centro era el ranchero Benton.

Los tres llevaban rifles que mantenían horizontales sobre sus sillas, dispuestos a disparar.

La diligencia se detuvo lentamente, con un largo crujido de ballestas.

—¿Qué ocurre? —preguntó el mayoral.

Benton sonreía secamente.

—Lleváis a un palomo ahí dentro.

—¿Qué clase de palomo?

—Haz que bajen todos y lo sabrás.

—¿Y si me niego?

—En ese caso tiraremos a matar sobre tus higaditos de gusano o tu cabezota de gorila. Lo mismo haremos si el tipo que está dentro intenta defenderse de algún modo.

El mayoral vio que le estaban apuntando. Conociendo a Benton, dedujo que éste cumpliría su amenaza a la primera señal de alarma.

Volvió la cabeza.

—Sus amigos están aquí, Finger —gritó—. Lo siento, pero va a tener que bajar con las manos en alto. De lo contrario mi mujer se va a quedar viuda y mi novia se va a quedar soltera. Esos majaretas me están apuntando.

Zorro gruñó:

—Está bien. Bajo.

—Pero no intentes ninguna treta —masculló Benton—. En cuanto muevas un solo dedo te asamos.

—Me vais a asar de todos modos… —susurró Finger, mientras bajaba con las manos en alto, tal como le habían ordenado.

—Ponte a tres pasos de distancia del carruaje.

Benton daba las órdenes con voz ronca, mientras examinaba a su

víctima pulgada por pulgada.

Se dio cuenta de que en el costado izquierdo de Finger relucía un «Colt» último modelo. Finger no era zurdo ni mucho menos; llevaba así el revólver por broma. Decía que le gustaba plantear dudas a sus enemigos antes de mandarlos al otro barrio.

Benton señaló el revólver.

—Lánzalo a tierra. Pero sácalo con los dedos solamente.

Finger lo hizo. El ruido que produjo el «Colt» al caer a tierra fue como el de una losa sepulcral al ser encajada en la tumba.

El silencio que se produjo a continuación fue el más denso que aquellos seres recordaban. Un silencio angustioso, espeso y que casi se paladeaba. Benton fue entrecerrando los ojos.

Aquello indicaba que iba a disparar.

—¿No tiemblas? —preguntó mirando a Finger, con voz ligeramente decepcionada—. ¿No haces nada para salvar tu cochina vida?

—Nadie puede evitar que una serpiente muerda ni que un asesino cometa su crimen —dijo Finger con voz extrañamente tranquila—, pero voy a decirte algo, Benton.

—Habla. Me divierte oír tu voz…

—No eres más que un vulgar delincuente de baja ralea, y cuando se descubrió el sucio asunto de los cuatreros no fuiste procesado porque eras el único que tenía dinero en la bolsa, y el dinero oculta muchas cosas. Sin embargo, pagarás esto, Benton, Tú y tus hombres, que son también unos vulgares asesinos.

Benton levantó suavemente el rifle.

Bruscamente la tensión había pasado a ser tan dramática, tan insoportable, que todos los testigos tenían la sensación de que sus bocas, espantosamente secas, se habían llenado de arena.

Uno de los hombres que acompañaban a Finger en el viaje no pudo soportarlo.

Bruscamente sacó la cabeza del carruaje, mientras gritaba:

—¡No lo harás, Benton! ¡Eso sería un vil asesinato! No lo han…

El disparo le rozó la cabeza, sin dejarle terminar la palabra. No lo mató, pero fue lo suficiente para hacerle rodar por tierra mientras sus mejillas se cubrían de una espesa capa de sangre.

Benton rió suavemente, con una risa que iba subiendo de tono a cada segundo, como una melodía macabra.

—Claro que lo haré… —explicó al cabo de unos instantes—. ¿Es que alguien lo duda aún? Sé que en la diligencia viaja un niño porque he visto subir a los pasajeros en la ciudad. Si alguien más mueve un dedo tiraré contra la carrocería. Seguro que ni el niño ni su madre se salvan. Es sólo una advertencia…

Zorro Finger volvió la cabeza para decir:

—Que nadie se mueva. Cubra usted al niño, señora. Dejen que yo me las entienda sólo con estos tipos.

Benton levantó un poco el rifle y se lo encajó en la cara, apuntándole cuidadosamente.

—Tú y yo ya nos hemos entendido, muchacho… Espero que no te quejes al recibir la primera bala, aunque pienso hacerte sufrir un poco… De todos modos piensa que algún día nos encontraremos en el Valle de Josafat.

Fue a apretar el gatillo, mientras una suave y burlona sonrisa distendía sus labios.

Y en aquel momento ocurrió algo increíble, algo en lo que nadie se hubiese atrevido ni tan siquiera a soñar.

El pesado baúl que Zorro Finger había puesto en el techo del vehículo, se abrió de pronto. En realidad ya había estado abriéndose poco a poco desde unos segundos antes, sin que nadie se diera cuenta.

De su interior surgió un hombrecillo. Un tipo lo bastante pequeño para poder soportar el encierro en aquel baúl sin grandes incomodidades, pero también lo bastante grande para manejar dos «Colt» con la maestría de un auténtico
gun-man.

Aquellos «Colt» vomitaron plomo de repente. Los dos hombres que acompañaban a Benton fueron alcanzados en sus cabezas, en dos puntos casi exactamente iguales. Abrieron los brazos y cayeron hacia atrás haciendo exactamente los mismos gestos.

Benton, sobresaltado, no acertó a disparar en el primer instante. Volvió la cabeza hacia sus compañeros caídos, de un modo maquinal, y eso le perdió por completo.

Zorro Finger se había dejado caer sobre su revólver.

Desde el suelo hizo fuego, sosteniendo el arma con las dos manos, pero casi sin apuntar.

Benton recibió el plomo en mitad de la cara, dio una trágica

vuelta sobre sí mismo, sin caer completamente de la silla, y luego se derrumbó por la parte izquierda de su montura. Un ronco alarido final, casi un gorgoteo, fue su macabra despedida.

Zorro Finger se puso en pie de un salto. A su frente habían acudido en el último momento unas gotitas de sudor.

Miró al hombrecillo, el cual aún estaba a medio salir del baúl, con los revólveres humeantes.

—Creí que no te movías, Pouce —farfulló—. Diantre ya empezaba a sentir miedo…

El llamado Pouce preguntó con voz cavernosa:

—¿Miedo tú, mangante?

—Me había puesto a recordar aquella vez, en Arkansas, cuando te quedaste dormido dentro del baúl y…

—¿Quién se acuerda de eso ahora? Lo que sucedió fue que entonces lo que amenazaba con matarte era una mujer, y yo estaba dando tiempo a ver si al final te casabas con ella…

Salió al fin del baúl, lo cerró de un seco golpe y saltó ágilmente a tierra desde el techo del carruaje.

Era un tipo verdaderamente curioso. Pequeñajo, pero con cara de mal genio, pelo color panocha, chaleco que hubiera podido servir para un niño, botas donde casi cabía él entero y dos revólveres cuyo canon le llegaba hasta las rodillas. No usaba sombrero, sin duda porque le hubiera molestado para viajar dentro del baúl.

Miró a los tres caídos y decretó:

—

R. I. P.

Están listos.

—No creo que nadie lo sienta —masculló Finger—. Vamos, sube al carruaje y viaja como una persona. Yo iré con el mayoral.

Pouce subió. Vio que los rostros de todos los presentes reflejaban el más profundo asombro.

—¿Pero es que ya sabían lo que iba a ocurrir? —preguntó uno de los viajeros.

—Lo sospechábamos. Finger no deja nunca nada al azar. Por algo le llaman Zorro.

—Caray, pues nos ha helado la sangre. Le juro que yo ya volvía a tener en la boca el *whisky* que bebí la semana pasada.

—Si siguen con nosotros verán cosas peores —sentenció Pouce. Y, cruzando los brazos sobre el pecho, se dispuso a dormir tranquilamente.

Pero el mayoral le zarandeó.

—Eh, tendrá que pagar su pasaje.

—¿Yo?

—Y doble. Ha venido oculto hasta aquí. Viajaba sin billete.

—¡Pero si en la mitad de las diligencias paga cada uno cuando le viene en gana!

—En ésta no. Ésta pertenece a una Compañía bien organizada. Pague o le echo por la ventanilla.

Pouce se rascó el bolsillo pensativamente.

—Para que luego digan que la gente es agradecida. Mira que obligarnos a pagar encima…

—De todos modos puedo hacer algo por usted —susurró el mayoral.

—¿Sí? ¿Qué?

—Cobrarle billete de niño.

Pouce lanzó un bufido que por poco rompe los cristales. El mayoral tuvo que largarse a toda prisa.

Poco después la diligencia seguía su viaje hacia el Noroeste, dejando atrás los cuerpos de los tres hombres.

CAPÍTULO III

Conforme avanzaban por el territorio de Colorado, después de un par de semanas de viaje, notaban que el paisaje se iba haciendo más quieto, más neblinoso, más siniestro en cierto modo.

Durante algunos días habían viajado a través de una espesa capa de lluvias, bajo unas nubes que parecían rozar el techo de la diligencia. Ahora la lluvia había cesado. Daba la sensación, y no se sabía bien por qué, de que aquél era un país de brujas.

Finger sacó la cabeza por la ventanilla cuando una de las ruedas de la diligencia se hundió en un hoyo, produciendo un traqueteo que por poco les obliga a todos a salir disparados por el techo.

—¿Qué ocurre?

—¿Y lo pregunta? ¡Nos hemos metido en un bache donde cabe la diligencia entera!

—Voy a ayudar.

Finger salió, junto con dos pasajeros más. El mayoral, saltó también de su asiento.

—¡Ocurrimos esto cuando estábamos a cuatro millas de la ciudad! ¡Vaya mala pata!

—¿Qué ciudad?

—Seymour.

Finger se rascó la mandíbula.

—¡Diablos! ¡Entonces este pequeño cementerio debe corresponder a la ciudad!

En efecto, se habían detenido junto a un cementerio perdido en la llanura, donde apenas cabían media docena de tumbas. Todas producían una rara sensación de olvido y de tristeza, arrancados sus últimos adornos por los vendavales y las lluvias.

Zorro Finger se las quedó mirando, no sabía bien por qué.

Instintivamente se quitó el sombrero.

Una suave melancolía se iba apoderando de él, una tristeza que era incapaz de definir, pero que se iba introduciendo muy adentro de su alma, como se metía en sus huesos el frío de la llanura.

El mayoral preguntó:

—¿Qué? ¿No seguimos?

Finger hizo un suave gesto.

Estaba mirando una tumba.

—Se lo ruego —pidió—. Es sólo un momento.

Sobre la lápida se leía una inscripción, muy límpida a causa de las recientes lluvias:

HIC YACET

ELEONORA HOLDEN

R. I. P.

La inscripción no podía ser más sencilla, pero resultó enormemente expresiva a los ojos de Zorro Finger.

—Tiene que ser la esposa de Holden —balbució—. Sabía que se había casado, pero no podía imaginar…

El mayoral se acercó.

—¿Algún amigo suyo?

—La esposa de un amigo. Precisamente el que me ha llamado a Seymour.

—Diablos, entonces se trata del *sheriff* Holden.

—Sí.

—No me diga que esa especie de buitre es amigo suyo.

—¿Es que tiene mala fama?

—Mala fama precisamente no, pero se le considera hombre implacable y con el que no se puede dialogar. Está empeñado en que Seymour sea la ciudad más pacífica de Colorado, y no se ha dado cuenta de que los sitios demasiado tranquilos se parecen sospechosamente a un cementerio.

Finger se encasquetó el sombrero.

—Bueno, supongo que, de todos modos, esto cambiará con la continuación de las obras del ferrocarril. Vamos.

Subió de nuevo a la diligencia, donde todos los viajeros

dormitaban a excepción de Pouce, quien estaba sacando brillo a uno de sus monumentales revólveres.

Poco más allá se encontraron con un espectáculo que no tenía nada de grato ni de consolador.

Varias horcas se alzaban al margen del camino, y de cada una de ellas colgaban los restos de lo que había sido un hombre. Los buitres y el tiempo habían realizado una obra destructora que hacía temblar los párpados a cualquiera que mirase aquello. Un cartel medio borrado advertía que a cualquier pistolero que pretendiera instalarse en la ciudad más le valía pasar de largo.

—Eso es obra de Tony Holden —dijo el mayoral a Finger, que ahora iba sentado en el pescante.

—Pues la verdad es que no sé si entrar yo en la población. A mí se me considera un pistolero.

—Mal asunto. Con Holden no le valdrán amistades. Cuando él cree que es justo liquidar a alguien, lo hace sin encomendarse a Dios ni al diablo. Vaya con cuidado con lo que hace aquí, Zorro.

El joven meneó lentamente la cabeza, afirmando.

Más allá de la población, a la izquierda, pero muy lejos, se distinguía como un pequeño campamento en el que alguien había encendido una fogata.

—¿Qué es aquello?

—Un punto adelantado de los obreros del ferrocarril —explicó el mayoral—. De momento no se atreven a entrar en la ciudad porque son pocos, pero no sé qué va a ocurrir cuando empiecen a llegar las brigadas completas.

—¿Trabajan mientras tanto?

—Se limitan a acumular material, pero eso indica que muy pronto continuarán el tendido de las vías.

—Entonces habrá problemas con Tony Holden…

—Muy graves, a menos que cambie un poco de modo de pensar. Pero no creo que lo haga.

En aquel momento entraban en Seymour. La ciudad, si es que se le podía dar ese nombre, constaba de una sola calle, pero tan pulcra y limpia como Finger no había visto otra desde que puso los pies en el Oeste.

El *sheriff* Holden aguardaba la llegada de la diligencia. Era su obligación, y la cumplía escrupulosamente.

Estuvo viendo bajar a los pasajeros, uno de los cuales, Pouce, le llamó poderosamente la atención por su pequeña estatura y sus gigantescos revólveres. Pero no dijo nada. Pouce, por su parte, le preguntó dónde podía alojarse, y no hizo nada para demostrar que conocía a Zorro Finger, quien descendió a continuación.

Una sonrisa hizo cambiar el serio rostro del *sheriff* cuando vio a Finger.

—Muchacho… —susurró.

Zorro Finger le estrechó la mano.

Había una cierta diferencia de edad entre los dos hombres.

El *sheriff* Tony Holden debía contar unos cuarenta años, aunque conservaba el vigor de un muchacho. Zorro Finger contaba veintiséis. Iba vestido con cierta despreocupación, lo que en algún aspecto le hacía parecer aún más joven.

—Celebro que hayas venido —dijo el *sheriff*.

—Lo hice en seguida de recibir tu carta.

—¿Has tenido buen viaje?

—Regular. Sólo he pasado por un tiroteo más o menos serio, y eso, en estos tiempos, puede considerarse como la más completa paz.

—Te alojarás en mi casa, claro.

—Como a ti te parezca.

Finger tomó su baúl vacío y su silla, cuando fueron descargadas ambas cosas, y se dirigió hacia la casa del *sheriff*.

—Es una de las más bonitas de la ciudad —comentó.

—Y está junto al Banco. Así puedo protegerlo sin la menor tardanza en caso necesario.

—Tú siempre tan cumplidor, ¿eh?

—Si no lo fuese no llevaría la estrella en el pecho.

—¿Qué tal es esta ciudad?

—Intachable. No se produce aquí la menor falta a la moral. Yo no lo consentiría.

—¿Con quién vives?

—Con mi hermana Ethel.

—No sabía que tuvieses una hermana.

—Ella ha estado viviendo en el Este hasta hace muy poco. Es, en todos los sentidos, una señorita.

—¿Soltera?

—Claro que sí.

Los dos hombres subieron al porche. El *sheriff* abrió la puerta, y acudió a recibirles una mujer que ya parecía esperar en el vestíbulo la llegada de ambos.

—Mi hermana —presentó el *sheriff*.

Finger fue a decir maquinalmente:

—Mucho gus…

Y de pronto se detuvo porque no podía ya hablar. Había quedado con la boca completamente abierta.

Capítulo IV

La mujer que tenía enfrente no era una de esas bellezas alucinantes que un vaquero medio borracho sueña en las largas noches de galopada, cuando se promete a sí mismo que al llegar a la primera ciudad habitada va a armar un zafarrancho capaz de dar mal ejemplo al propio Satanás.

Era, por el contrario, una mujer sencilla, tímida, dulce, y en esa combinación de las tres cosas estaba su peculiar e indefinible encanto.

Vestía sencillamente, sin coquetería, aunque no podía evitar que sus ropas se ciñeran prietamente a las formas esculturales de su cuerpo.

Al ver que su hermano llegaba con un desconocido, desvió la mirada y estuvo a punto de dar un paso atrás.

El *sheriff* Holden se lo impidió, presentándola.

—Mi hermana Ethel.

Finger concluyó con gran esfuerzo la frase que antes había quedado interrumpida.

—Mucho gusto, señorita. Es para mí un honor.

—Este caballero —continuó el *sheriff*— es mi amigo Finger. Seguramente me lo has oído nombrar alguna vez.

—Sí… Seguro que sí.

Pero era evidente que la muchacha no sabía a quién se refería. Finger añadió con una sonrisa:

—Mejor que no me haya oído nombrar, señorita Ethel. Tengo mala fama. En algunos sitios me llaman Zorro Finger.

—No hagas caso —cortó Holden—; es inofensivo. Eso sí, resulta hábil con los revólveres, y le he llamado porque las obras del ferrocarril harán que lleguen malos tiempos para nosotros.

Ethel hizo una leve inclinación de cabeza.

—Le ruego que me permita retirarme, señor Finger.

Y se alejó suavemente, con una elegancia en todos sus movimientos que Finger se vio obligado a admirar, a pesar de darse cuenta de que el *sheriff* guardaba a aquella mujer como si fuese una joya, sin permitir apenas que la viese nadie.

Cuando ella hubo desaparecido, el *sheriff* preguntó:

—¿Qué te parece mi hermana Ethel?

—Muy bonita y… muy tímida.

—Es cierto. Tiene miedo a los hombres. Yo incluso diría que siente hacia ellos una aversión profunda.

—Resulta extraño, en una mujer joven como ella.

—A mí me gusta que sea así.

—¿Le has enseñado tú a ser de ese modo? —preguntó suavemente Finger.

—No, pero tampoco le permito que coquetee por las calles.

El joven lanzó una carcajada.

—Las calles… Sólo hay una en Seymour, y la verdad, no me ha parecido que ofrezca grandes posibilidades de perdición para una chica casadera.

—Tú no sabes lo que es esto.

—Puede que lo sea cuando continúen las obras del ferrocarril, pero por ahora Seymour es una especie de santuario. ¿Dónde ha estado Ethel hasta ahora? Es una mujercita muy educada.

—Ya creo habértelo dicho antes: En un colegio del Este. Es una verdadera señorita.

—¿Y nunca ha tenido novio?

—Nunca. Además, no lo tendrá mientras yo no se lo consienta.

—Puede que en la ciudad haya alguien que opine lo contrario. ¿No la pretenden?

Tony Holden crispó la boca en una extraña mueca.

—Nadie lo haría sin contar antes con mi consentimiento. Yo soy aquí la única Ley.

—Sí, ya lo veo…

El *sheriff* Holden no quiso seguir aquella conversación. Sin perder en ningún momento la cortesía la desvió diciendo:

—Te enseñaré tu habitación. Está en la planta superior. ¿Te importa?

—¿Por qué iba a importarme? Cualquier lugar de tu casa ha de ser magnífico.

En efecto, la habitación lo era. Tenía el techo abuhardillado y dos grandes ventanas a la calle. La cama era ancha, confortable y limpia. Todos los detalles daban la sensación de haber intervenido en ellos la mano delicada de una mujer.

—¿Qué te parece?

—Nunca he dormido en un sitio mejor.

—Espero que te encuentres a gusto, porque quizá estés aquí bastante tiempo.

Finger miró a través de la ventana situada a la izquierda y contempló la calle silenciosa y tranquila; hombres y mujeres se movían pacíficamente, dando la sensación de que tenían sus vidas ya organizadas y resueltas. Verdaderamente resultaba difícil en el Oeste Central, encontrar un lugar como Seymour.

Se volvió de pronto y miró al *Sheriff*.

—¿Para qué me has hecho venir, Tony?

—Para pedirte ayuda.

—Tienes miedo a esos tipos del ferrocarril, ¿eh?

—Miedo no es la palabra exacta. Quiero que esto continúe como está ahora, y para ello necesito que seamos al menos dos buenos revólveres en la ciudad.

—Comprendo.

—Esto se llenará en seguida de forajidos, de tramposos y de mujerzuelas. Se convertirá en un infierno.

—No olvides que el noventa y nueve por ciento de los que trabajan en el ferrocarril son obreros honrados.

—Precisamente por eso no quiero que les birlen la paga en los garitos. La mayor parte de ellos tienen mujer e hijos en otra ciudad.

Finger asintió silenciosamente.

—Comparto tu punto de vista, pero en estas situaciones hay que obrar con mucha prudencia. Nunca se sabe exactamente dónde está el bien y dónde está el mal. Mejor dicho, en situaciones como la que tú describes, el Bien y el Mal absolutos no existen.

—De todos modos cuento con tu ayuda.

—Claro que sí, muchacho…

En aquel momento alguien llamó discretamente con los nudillos en la puerta.

—Adelante.

Era Ethel, la hermana del *sheriff*.

Se había cambiado de ropas, poniéndose otras más distinguidas y nuevas, y su belleza realzaba de tal modo que Finger hubo de parpadear dos veces. Además en aquella mujer había una madurez, una plenitud, algo indefinible que cautivaba de un modo misterioso. Finger no podía permanecer insensible a aquel encanto, y el muy granuja pensó en siete u ocho segundos siete u ocho cosas prohibidas, pero hay que decir en honor suyo que hizo lo posible por sacárselas de la cabeza cuanto antes.

Ethel susurró:

—Solamente quería decir que la cena está servida.

—¿Tan pronto?

—Son las siete y media.

Zorro Finger se dio entonces cuenta de que por las ventanas ya solamente entraba una luz tímida y de color violeta. En efecto, el crepúsculo ya estaba cayendo con mucha rapidez. Y no cabía duda de que aquélla era la hora de la cena en una ciudad pacífica y de costumbres tradicionales, como Seymour.

—Me cambio y bajo en seguida —dijo.

En efecto, cinco minutos después se sentaban a la mesa. Ethel ponía en todo un cuidado exquisito, y la cena fue digna del mejor hotel de una ciudad del Este. Luego los hombres tomaron café, charlando de temas generales, y antes de que Finger pudiera darse cuenta ya estaba en la cama, dispuesto a dormir como un pacífico burgués.

La verdad era que aquello iba muy en contra de sus costumbres habituales. El solía pasarse horas en los saloons, contemplando a la gente, antes de meterse en cama. Por otra parte casi siempre solía dormir medio vestido y con los revólveres a punto, mientras que aquí tal cosa no parecía hacer maldita la falta.

Suspirando resignadamente, se quitó sólo las botas y el chaquetón de ante, quedando con camisa y pantalones. Así se tendió en la cama, pensativo, mirando el techo con las dos manos plegadas bajo la nuca.

Por un momento le asaltó la tentación de marcharse al día siguiente, pero le contuvo el pensamiento de que él tenía una importante deuda de gratitud con Tony Holden. Tony le había

salvado la vida a él siendo un niño, y también salvó la de su padre. Por aquello jamás le había pedido nada… hasta hoy. Finger quería considerarse un hombre bien nacido; no tenía más remedio, pues, que aceptar aquella hospitalidad, que además el *sheriff* le ofrecía con la mayor amabilidad del mundo.

Por otra parte, Tony parecía necesitar compañía. Su hermana era una mujer exquisita, pero distante, y él era un viudo que debía añorar la compañía de su mujer, aún cuando en ningún momento había hecho referencia a ella, ni siquiera al hablar a Finger de la historia de los últimos años. Daba enteramente la sensación de que, en cierto modo, el *sheriff* aún se comportaba a veces como si su mujer estuviera viva…

Finger no se dio cuenta del transcurso del tiempo mientras daba vueltas en su cabeza a estos pensamientos y mientras una suave somnolencia se apoderaba de él.

Al mirar su reloj se sorprendió.

Era casi medianoche.

Había pensado y pensado sin darse cuenta, y ahora la pequeña ciudad estaba silenciosa como una tumba. Dentro de la casa tampoco se oía ni el vuelo de una mosca.

Finger apagó la lámpara de petróleo y dio un cuarto de vuelta sobre la cama, no tardando en quedarse dormido.

Claro que un hombre que ha pasado la mitad de su vida en la pradera nunca duerme del todo. Siempre estaba alerta en Finger un sexto sentido que le advertía del menor rumor, de la menor alteración en el mundo circundante. Y fue ese sexto sentido lo que le advirtió que en la habitación había una presencia extraña.

No había oído abrirse la puerta, no había oído nada… y sin embargo, tenía la sensación de que alguien estaba allí. Tenía la impresión de que una figura humana se movía en las sombras, muy cerca de su lecho.

Finger abrió primero un ojo, luego los dos.

No oía nada excepto una respiración muy queda, muy suave que parecía producirse cerca de la ventana.

El joven lamentó no tener fósforos a mano. No tenía posibilidad de encender la luz de repente, antes de que aquella extraña persona escapase.

Además por las ventanas apenas entraba más que una levísima

claridad, que sin embargo era suficiente para que una figura se recortase contra ellas. Aguardó anhelante a que ésta, fuese de quien fuese, se moviera un poco hacia cualquiera de las ventanas, en cuyo caso vería al menos sus relieves y podría saltar sobre ella.

Pero su extraño visitante parecía adivinar sus pensamientos. No se movió. Finger tuvo la molesta e intranquilizadora sensación de que unos ojos de gato le estaban mirando, a pesar de que él no podía ver nada. Empezó a pensar si no sería mejor saltar de pronto, poniéndose a dar puñetazos a las sombras.

Pero no, ésa no era solución. Podía encontrar el cuerpo de su visitante, desde luego, aunque también podía tropezarse con un cuchillo que saliera desde las tinieblas para rebanarle la garganta.

Durante unos segundos de tensión insoportables, angustiosa, no supo qué hacer.

¿Y si su visitante deslizaba una serpiente en la habitación? La serpiente acudiría en silencio hacia él, atraída por el calor del lecho. También podía deslizar un escorpión de los que tanto abundaban por los pedregales. O simplemente acuchillarle en la oscuridad, sabiendo que estaba en la cama.

Fue esa última posibilidad la que hizo que Finger se moviera. Sabía que un día u otro le liquidarían, pero no le hacía gracia terminar como un corderillo.

Silenciosamente se deslizó del lecho al suelo, mientras sujetaba el revólver que siempre dejaba cerca de su cabecera.

Fue en ese momento cuando le pareció oír crujir suavemente, muy suavemente, la puerta de la habitación.

El misterioso ser que había estado allí ya no entraba sino que salía.

Era alguien que debía conocer la casa bien, pues se movía con la más absoluta seguridad y no producía el menor ruido.

Zorro Finger, sin embargo, había ganado en parte su apodo porque también sabía moverse con cautela. Gracias a que no llevaba botas se deslizó también furtivamente hacia el exterior. Abrió la puerta cuando el misterioso y desconocido ser que estaba al otro lado acababa de cerrarla.

Miró en torno suyo, al salir al pasillo.

No se veía nada, absolutamente nada.

A la izquierda el pasillo terminaba por una ventana, y eso le

hizo pensar que el desconocido personaje no habría ido hacia allí. A la derecha, en cambio, empezaban las escaleras que descendían a la planta baja.

Pegándose a las paredes y previniéndose contra cualquier sorpresa, Finger avanzó en aquella dirección.

Cuando estaba al borde de las escaleras, oyó crujir un peldaño apenas a dos yardas de distancia.

El misterioso desconocido, fuese quien fuere, descendía. Estaba huyendo. Se movía a tan poca distancia que casi podía tocarlo alargando la mano.

Finger actuó con rapidez. No le gustaba quedarse con la duda, y por eso bajó las escaleras de dos en dos, rapidísimamente.

Menos de dos segundos le bastaron para encontrarse en la planta baja, y una vez allí miró desorientado a todas partes.

Lógicamente debía haber encontrado ya al fugitivo o la fugitiva. Pero el misterioso ser que se deslizaba entre las sombras corría, por lo visto, mucho más que él.

Una violenta sensación de misterio envolvió de repente a Finger. Se sintió sobrecogido por algo que estaba más allá de sus pensamientos, por algo que no comprendía.

Una luz espectral penetraba por las ventanas al nivel de la planta baja, y el silencio seguía siendo absoluto. Sin embargo Finger se daba cuenta ahora, con absoluta claridad, de que alguien más estaba en el vestíbulo, alguien que conocía la casa tan bien «como un muerto debe conocer su propia tumba».

Este pensamiento, no supo por qué, le hizo quedar tenso y paralizado, conteniendo incluso la respiración.

El nunca había sido miedoso ni había creído en lo sobrenatural, pero ahora se encontró pensando, sin acertar a explicarse las causas, en la lápida que poco antes había visto en el cementerio perdido en la llanura. La lápida donde estaba escrito el nombre de Eleonora Holden, la esposa muerta del *sheriff*, la mujer de quien éste nunca hablaba, comportándose en muchos aspectos como si estuviera viva aún.

Finger eliminó aquellos pensamientos que le parecieron absurdos en el mismo momento de pasar por su cabeza.

Decidió ir tanteando las paredes, sin hacer el menor ruido, con la confianza de que terminaría hallando al misterioso personaje…

Si éste trataba de abrir alguna de las puertas, él lo oiría. En el silencio espeso que le rodeaba, cualquier rumor, por pequeño que fuese, tenía que advertirse.

Dio casi la vuelta entera al vestíbulo, tanteando las paredes, sin escuchar el menor sonido. Sus nervios estaban ya a flor de piel, a pesar de que tenía fama de ser un tipo tranquilo. Empezaba ya a notar el latir de su propio corazón funcionando como una máquina loca.

De pronto, cuando estaba tanteando una de las puertas del vestíbulo, ésta se abrió de repente.

Una luz se abatió de pronto sobre sus ojos, iluminando también los relieves de una tentadora figura femenina cubierta apenas por un fino camisón de encajes.

Finger se quedó paralizado, absorto, petrificado, al contemplar de aquel modo a la hermana del *sheriff*.

Ethel llevaba un quinqué de petróleo en su mano derecha, que tenía ligeramente alzada, y le miraba con ojos donde se leía el más absoluto estupor.

—Señor Finger… —pudo balbucir apenas—. Señor Finger…

El no supo qué decir. En aquel momento hubiera deseado que se lo tragase la tierra.

—Lo siento —balbució—. No sabía que aquí…, no sabía que aquí estuviera su habitación.

Ella adoptó una actitud severa, a punto de cerrar.

—¡Ah! ¿No lo sabía? ¿Y qué hubiera hecho caso de saberlo, señor Finger?

—¡Hubiera venido mucho antes! —gritó casi.

Y salió disparado hacia las escaleras que le llevarían de nuevo a su cuarto.

CAPÍTULO V

Si Ethel había pensado algo de él con motivo de aquel incidente, lo disimuló muy bien. No hizo el menor comentario, ni le miró de una forma especial. Fue viviendo como hasta entonces, moviéndose por la casa como una sombra solícita y encantadora, tan distante y esquiva que a veces llegaba a parecer un personaje irreal.

Finger tampoco hizo ninguna alusión, pero la verdad fue que a partir de entonces la casa le pareció embrujada. En un momento de soledad llegó a inspeccionarla por si había alguna puerta secreta, y durante la noche siguiente a aquellos sucesos no pegó un ojo por si la misteriosa visita volvía a presentarse.

Pero nada ocurrió. Durante dos días todo estuvo tranquilo y apacible en aquella casa, así como en el resto de la ciudad.

Al tercer día todo empezó a cambiar.

El tendero Rafols se presentó en compañía del banquero, un fulano grasiento llamado Teddy.

—Traemos malas noticias, *sheriff* —dijeron a Holden.

—¿Qué clase de noticias?

—Los hombres del ferrocarril se han puesto en movimiento.

—No os entiendo. ¿Es que ha llegado alguna nueva brigada de trabajadores?

—Sí. El campamento provisional que existía en la llanura se ha hinchado como un grano. Hay carromatos, caballos, familias enteras, materiales de todas clases…, ¡y hasta un tren!

—¿Cómo?

—Un convoy, con una máquina renqueante, ha llegado hasta aquí. Por lo visto van a considerar a Seymour como estación terminal, hasta que la vía llegue a otra ciudad más importante.

Tony Holden palideció, y luego sus facciones enrojecieron como

si le hubieran propinado dos bofetadas.

—Eso quiere decir que…, que ahora va en serio.

—Y tan en serio, *sheriff*.

Holden, sin contestar, salió pensativamente de la casa y miró desde el porche, que dominaba una gran parte de la llanura.

En efecto, lo que le habían dicho sus vecinos correspondía a la realidad. Se veía el campamento mucho mayor que poco antes, y en la distancia se distinguía el penacho de humo de una locomotora. Para Holden fue aquélla una señal macabra. Sintió lo mismo que debieron sentir los primeros indios cuando vieron el ferrocarril, símbolo del odiado progreso blanco, invadir sus terrenos de caza.

Hay que echarlos de ahí —dijo.

—Ojo —gruñó Teddy, el banquero—, no podemos hacer nada mientras no cometan un delito. Además están fuera de la población.

—Pero no tardarán en entrar.

—Y seguramente habrán contratado a algunos pistoleros profesionales para que los defiendan. Nos conviene obrar con mucho ojo, *sheriff*, si no queremos ver correr ríos de sangre.

En aquel momento, como si las anteriores palabras hubieran sido proféticas, divisaron varios carromatos que avanzaban hacia la población, despegándose del campamento. El *sheriff* fue en busca de su catalejo y miró desde el porche atentamente, con las facciones crispadas.

—No hay duda de que vienen hacia aquí —dijo al cabo de unos instantes—. Son tres carros descubiertos.

—¿Quiénes los ocupan?

—Algunos hombres, pero hay también en ellos varias mujeres y niños.

—¿Niños?

—Muchos obreros se habrán trasladado con sus familias. Eso da a entender que, esta vez, las obras del ferrocarril van completamente en serio.

—Y significa también que vienen en son de paz, *sheriff*.

Rafols, el tendero, abrió mucho los ojos.

—¡Vienen a comprar mercancías!

—Te equivocas. El ferrocarril les traerá todo lo que necesiten.

—¡Qué! No se puede comparar lo que tendrán allí con lo que yo puedo ofrecerles. ¡Voy en seguida a preparar la tienda!

El *sheriff* contuvo una maldición.

—¿Tú con quién estás, Rafols?

—¡Mil diablos! ¡Si vienen a comprar, sin hacer daño a nadie, no me voy a negar a venderles!

—¡Muy bien! Ahora vendrán las mujeres pidiendo alubias y tocino, pero luego llegarán los hombres pidiendo bailarinas y *whisky*. ¡Tú serás el primero en lamentar lo que sucederá más tarde!

—¡Muy bien! —gritó Rafols—. ¡Entonces seré yo quien les venda el *whisky* también! ¡Por mí no va a quedar, se lo juro!

El *sheriff* movió la cabeza y estrelló el puño contra el mentón de Rafols, que cayó hacia atrás, con los brazos en cruz, mientras de sus labios escapaba un hilillo de sangre.

—¡Esto es sólo el principio, Rafols! ¡Si no me obedeces soy capaz de atravesarte el cráneo con mis espuelas!

Rafols se levantó pesadamente, mientras se restañaba la sangre de sus labios.

—Se arrepentirá de esto, *sheriff* —musitó—. Usted no es el rey de esta ciudad. Es solamente el *sheriff*, y su cargo depende de nosotros, los vecinos. Si no quiere lamentarlo, más vale que otra vez piense lo que hace. Yo no le voy a aguantar ninguna insolencia más.

Tony Holden fue a abalanzarse sobre él, ciego de ira, pero en aquel momento alguien le contuvo, sujetándole férreamente: era Zorro Finger.

—Calma, Tony —susurró—; de momento no va a pasar nada porque unas mujeres y unos niños vengan a comprar provisiones. Hay que tener un poco de sentido común, muchacho. Luego veremos qué es lo que ocurre.

El *sheriff* se contuvo a duras penas. Estaba al borde de un ataque de furor. Sólo el hecho de que Finger fuera más fuerte que él le hizo mantenerse quieto.

—Sí, ya veremos… —dijo con voz ronca—. Todos seréis testigos de lo que va a ocurrir…

* * *

La verdad fue que los dos próximos días no justificaron para nada la alarma de Tony Holden.

Las mujeres y los hijos de los obreros del ferrocarril eran gente pacífica y honrada, que se limitó a adquirir mercancías y a dejar

buenos beneficios en la caja de Rafols, quien empezó a decir en voz alta que ahora sí que valía la pena de vivir en Seymour.

Al tercer día, uno de los capataces del ferrocarril, acompañado de tres obreros, visitó al *sheriff* y le pidió permiso para instalar en la ciudad una casa de bebidas donde los hombres pudieran refrescarse y jugar una partida después del trabajo.

Naturalmente, el *sheriff* se negó. Los del ferrocarril por poco ruedan porche abajo.

Al cuarto día, uno de los vagones del ferrocarril llegados con la máquina poco antes, fue instalado en una vía muerta habilitado como cantina. Había en su interior una larga barra hecha de cualquier modo, dos anaqueles con bebidas y un monumental espejo sacado de no se sabía dónde. Era aquel espejo lo que prestaba carácter al local, que en cierto modo parecía un saloon de verdad. Diez mesas con tapete verde servían para que se pudiese jugar en ellas.

Al propio tiempo, un nuevo convoy llegó con más material y más hombres. Todos los alrededores de Seymour tomaron un aire de febril actividad. Pronto aquello pareció el tendido de la Union Pacific en sus días de mayor auge.

Fue aquella noche cuando Zorro Finger, llevando su revólver bien cargado, dio una vuelta por los alrededores.

Se habían encendido fogatas en torno a la vía del ferrocarril, se habían levantado tiendas, y las pilas de traviesas y de raíles daban una informe sensación de caos. En torno al vagón-saloon, se habían producido ya las primeras peleas de borrachos.

Finger no habló con nadie. Entró en el vagón, se acodó en un espacio de la barra y pidió un *whisky* doble.

Se lo sirvieron en silencio.

En realidad Finger ya había notado un silencio tenso y extraño desde que el entró, pero no quiso atribuirlo a su presencia. Al fin y al cabo, nadie le conocía allí. Sin embargo, al segundo trago notó ya que todos los ojos estaban puestos en él.

Finger alzó ligeramente el vaso.

—Este licor es infernal, ¿no? ¿Es del que se vendía a las tribus indias no hace mucho tiempo?

—Si no le gusta, déjelo —dijo el que servía—. No necesitamos más clientes, forastero.

Finger depositó suavemente el vaso sobre la barra.

—Todos somos un poco forasteros aquí, ¿no?

—Usted algo menos que nosotros. Usted vive en Seymour.

—¿Y qué? ¿Tiene eso algo de malo?

—Nada, si no fuese ayudante del *sheriff*.

—Yo no soy ayudante de nadie.

—¿Negará que vive en su casa?

—Precisamente el hecho de vivir en su casa demuestra que no soy ayudante, sino amigo suyo.

—Peor aún.

—¿No puedo tener amigos? —preguntó Finger, con una extraña suavidad, mientras descansaba ambas manos sobre la barra.

—El *sheriff* de Seymour es el peor adversario de cuantos trabajamos en el ferrocarril —dijo un hombre que estaba situado a espaldas de Finger, con la espalda apoyada en una de las paredes—. Si dependiese de él, ya habríamos muerto.

Finger volvió poco a poco la cabeza hacia aquel tipo.

—Usted no tiene pinta de haber trabajado nunca, amigo. Ni en el ferrocarril ni en ninguna otra parte.

—¿Por qué dice eso?

—Tiene las manos finas. Lleva ropas bien cortadas y no hay en ellas una mota de polvo. Las fundas pistoleras van colocadas muy bajas, y están sujetas por medio de correíllas a las piernas. Su sombrero es inmaculado y de una buena marca. Todo esto no constituye el equipo de un trabajador, amigo.

—¿De qué es, pues?

De

gun-man.

Todo el mundo sabe que las compañías importantes alquilan matones para proteger las obras que realizan en el Oeste, y usted es uno de ellos. —Levantó el vaso suavemente, con un gesto inesperado—. Pero eso no significa que hayamos de matarnos, amigo. Yo he venido aquí en son de paz. Nadie va a ganar nada si esta tierra se empapa de sangre.

—¡Usted ha venido a espiar! —gritó el que estaba tras la barra.

—A espiar, ¿qué?

—Quiere saber cuántos hombres hay aquí dispuestos a empuñar un revólver.

Finger lanzó una carcajada.

—No diga tonterías. Veo que el *sheriff* les ha puesto nerviosos a todos. ¿Tan difícil les resulta creer que yo pueda ser un hombre situado en el justo término medio?

—Nadie que este junto a Tony Holden es amigo de ese término medio. ¡Dígaselo al mismo *sheriff*! ¡Pregúntele si conoce alguna ley, aparte la de la cuerda!

El pistolero que estaba apoyado en la pared del vagón susurró, mientras erguía su cuerpo:

—Quizá convenga dar un escarmiento a tiempo.

Finger volvió a colocar sus manos sobre la barra.

—¿Tiene algo personal contra mí, amigo?

—Nada… excepto que representa al *sheriff* de Seymour.

—Yo sólo me represento a mí mismo. Únicamente he querido conocer el ambiente que se respira aquí, y por eso he venido. Será la última vez que lo repita.

El pistolero avanzó otro paso.

—Desde luego… Seguro que es la última vez.

Todos los que estaban a los lados se apartaron violentamente. Entre los dos hombres quedó un espacio ridículamente pequeño —todo lo que puede dar de sí el ancho de un vagón de ferrocarril, parte del cual está además ocupado por una barra—, hasta tal punto que los dos enemigos hubieran podido tocarse sólo alargando mucho los brazos. Era completamente imposible fallar a una distancia así. Lo normal era que los dos quedasen instantáneamente muertos, con las cabezas destrozadas. Sólo el propio Satanás podría sacar ventaja a un enemigo situado a tan ridícula distancia.

Finger levantó un poco su brazo derecho.

—Vaya… Lo siento por usted, amigo. Se ve que es especialista en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero aún quiero darle una última oportunidad; deje las cosas como están y yo me largaré. No es necesario que me desafíe para demostrar a todos que es un buen gun-man.

—Eso se llama cobardía.

Zorro Finger sonrió con suavidad.

—Bueno, si lo llama así…

Su enemigo estaba con todos los nervios tensos. Rugió:

—¡Saca!

Las dos manos de Finger se movieron con extraordinaria rapidez. No una, la que debía ir hacia el revólver, sino las dos. Fue eso lo que dejó atónito a su adversario, paralizándolo durante una milésima de segundo: el hecho de que una de las manos fuera también hacia el vaso de *whisky*, como si el vaso fuese un arma.

En aquel momento, se comprendió por qué Zorro Finger había alzado poco antes el vaso, como si fuese a brindar. En realidad sólo quería cambiarlo de sitio, para tenerlo más al alcance de su mano.

La treta surtió efecto. Los dos ojos del pistolero siguieron durante unos brevísimos instantes la línea trazada por el vaso, que iba recto hacia su cara, y cuando desvió de nuevo los ojos hacia Finger ya éste había disparado a través de la funda. La bala perforó la cabeza de su enemigo, por debajo de la línea del sombrero, y le clavó materialmente en la pared. Pero fue una muerte limpia, en cierto modo, porque ni siquiera brotó la sangre. El sombrero lo cubrió todo. Finger vio cómo su enemigo daba una extraña media vuelta, después de parecer que había quedado pegado en la pared, y al fin se derrumbaba estrepitosamente sobre una de las mesas.

Zorro, gruñó:

—Esta vez no se me ocurría ningún truco… He estado a punto de fallar.

Puso tres billetes de a cinco dólares sobre la mesa entre un silencio expectante y pegajoso que parecía impregnarlo todo.

—Supongo que el *whisky* sólo vale unos centavos —susurró—, pero el entierro de ese hombre costará un poco más. Quiero que lo entierren decentemente, en una buena caja y con una piedra sepulcral que diga: «Murió por hacer demasiado caso del licor».

Dio media vuelta y salió. Nadie hizo un gesto detrás suyo porque todos se dieron cuenta de que no apartaba la mirada del espejo, y el espejo dominaba casi todo el interior del vagón. Un solo movimiento sospechoso hubiera sido advertido inmediatamente por Finger. Éste salió, no sin antes llevarse dos dedos a la frente a modo de saludo. Unos segundos después, su figura había sido tragada por las sombras.

Un auténtico remolino se formó en el vagón, al salir él. Todos se lanzaron hacia el cuerpo del pistolero, como queriendo convencerse de que estaba muerto. Manos ansiosas empujaron el revólver del caído.

—¡Ni siquiera ha tenido tiempo de disparar!

—¡Es asombroso!

—¡Por algo le llaman Zorro Finger!

Uno de los hombres que había presenciado el desafío, sin intervenir, se despegó del fondo del vagón, donde había permanecido quieto.

Iba bien vestido y llevaba dos revólveres. Su labio inferior partido se había hecho famoso en todo el Oeste Central. El tipo se llamaba Karter.

—Ese hombre que acaba de salir no vivirá demasiado —dijo lentamente—. No vivirá ni dos días más.

Algunos rostros se volvieron hacia él.

—¿Vas a liquidarlo tú, Karter?

Karter meneó lentamente la cabeza.

—Tengo una cuenta pendiente con Tony Holden, el *sheriff* de Seymour. Después de lo que he visto ya no me cabe duda de que ese tipo es amigo suyo, y empezará por pagar él los platos rotos. A mí no me sorprenderá cómo le ha sucedido a Prudom.

—¿Por qué tienes una cuenta pendiente con el *sheriff*, Karter?

—Hace poco tiempo, en un tiroteo, él mató a varios de mis hombres. Luego tuvo sus cadáveres colgados a la entrada de la ciudad, para que sirvieran de ejemplo. Juré que algún día le vería a él del mismo modo y lo haré. ¡Claro que lo haré!

—Pues ten cuidado con ese tipo. Le llaman Zorro Finger.

—Sí… Ya he visto que emplea algunos trucos.

—Eso no es nada —dijo alguien—. Yo he oído contar que tiene un amigo muy bajito, una especie de enano con el que finge no conocerse. El amigo se encierra en un baúl y sale en el momento menos esperado, disparando como una pieza de artillería. Si alguna vez ves un baúl cerca de ese hombre, vete con cuidado, Karter.

Karter sonrió fríamente.

—Lo haré. Por la salud de ese muerto juro que a mí no me la va a pegar, muchacho…

Y rompió a reír estridentemente, como si estuviera celebrando ya el funeral de Zorro Finger.

* * *

Éste, después de los intensos momentos vividos en el interior del

vagón, comprendió que necesitaba respirar aire puro. Caminó en silencio a lo largo de la vía, envuelto por la penumbra, mientras sus pensamientos giraban como un torbellino.

No estaba contento, a pesar de la victoria alcanzada sobre un pistolero profesional. No estaba alegre de ningún modo porque presumía que aquello iba a traer más sangre.

De pronto, cuando más sumido estaba en estas reflexiones, se detuvo aguzando el oído.

Le parecía oír rumores de lucha un poco más allá, siguiendo la línea de los raíles. Rumores de lucha a los que iban unidos los sordos gemidos de una mujer.

Pareció como si hubieran brotado alas en los pies de Finger. De pronto se vio a sí mismo corriendo como un gamo junto a los raíles. Hizo cincuenta metros en menos de seis segundos.

Vio entonces de dónde procedían aquellos rumores. Junto a la vía, envueltos en una suave penumbra, dos personas luchaban. Mejor dicho, una de ellas golpeaba y la otra se defendía a duras penas, gimiendo entrecortadamente. Ese segundo cuerpo era de una mujer.

De pronto ella cayó a tierra, y el hombre que la había derribado se dispuso a golpearla con el pie.

No llegó a hacerlo.

De pronto se sintió sujeto por una especie de cables de acero que le trenzaban todo el cuerpo. Lanzó una maldición al ser levantado y se encontró volando por los aires. Su cabeza chocó contra las traviesas del ferrocarril, y en su espalda se clavaron las agudas piedras que formaban el lecho de la vía.

El hombre no estuvo quieto ni un solo segundo, a pesar de que la caída hubiera dejado sin fuerzas a un buey.

Era alto, hercúleo, rubio, y pareció como si aquel impacto hubiese sido para él una caricia.

Bruscamente se lanzó sobre Finger. Éste no había tenido tiempo aún de ver a la mujer. Dio un salto atrás, para que la acometida de su enemigo no le alcanzase de lleno, y luego levantó la rodilla. Ésta se clavó en el estómago del gigante, mientras los dos puños de Finger le machacaban el rostro a la vez. Hubo un sordo gruñido y nuevamente el hombre cayó sobre las traviesas. Ahora Finger no le dejó descansar.

Saltó sobre él y movió los dos puños alternativamente, como dos terribles martillos pilones, machacando el rostro de su adversario. Éste no debía saber aún si le atacaban uno o cuatro hombres a la vez, tan violenta había sido la sorpresa y tan terribles eran los golpes. Cuando tuvo la sensación de que su adversario estaba sin sentido, Finger retiró los puños. Éstos estaban cubiertos de sangre.

Pero el gigante rubio no estaba vencido aún. Lo de perder el conocimiento había sido una treta. Echó mano al revólver cuando Finger se retiraba, al ponerse en pie.

Pero no dio resultado el engaño. Finger le propinó un puntapié en la mano, haciéndole soltar el arma, y luego levantó con ambas manos un pedazo de traviesa, ciego de ira, dispuesto a hacer estallar en cien pedazos la cabeza de su enemigo.

Pero le detuvo una voz. La voz suplicante de la mujer que estaba caída en tierra.

—¡No lo mates, Finger! ¡No lo hagas!

El joven dejó caer la traviesa al suelo, sin fuerzas, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

Porque acababa de reconocer aquella voz.

Era la de Ethel, la hermana del *sheriff* Holden.

CAPÍTULO VI

Finger se volvió lentamente. Una cerúlea palidez había invadido de pronto sus facciones.

—¿Tú…? —barbotó.

Ethel se puso en pie. Su rostro también estaba pálido, y aún lo parecía más a la luz espectral de la luna. Se sacudió con movimientos suaves el polvo de su vestido, sin mirar una sola vez al hombre que acababa de salvarla.

—¿Cómo estás aquí, Ethel? —susurró Finger.

—Había salido a pasear —dijo ella con un soplo de voz.

—¿Sola…?

—No podía soportar por más tiempo el encierro de casa. Mi hermano ha convertido aquello en una cárcel. Además creí que no había ningún peligro.

—¿Y este hombre…?

—No sé, no le conozco.

—¿Sabes lo que se hace con los que intentan ultrajar a una mujer? —barbotó Finger—. ¿No sabes que se les cuelga sin juicio previo, o se les balea como a perros rabiosos en cualquier lugar de la llanura?

—No…, no lo hagas.

Temblaba ostensiblemente la voz de la muchacha. Finger vio con el rabillo del ojo que su enemigo se ponía en pie tambaleándose y se alejaba como un borracho, pero al notar que no recuperaba su revólver no se inmutó. Preguntó, mirando a la joven:

—¿Estás herida?

—No… Sólo han sido unos golpes.

—¿De veras no conocías a ese tipo?

—Te juro que…

De pronto Ethel cambió de actitud. Todo su tono dramático pareció disolverse en el aire. Se colgó tranquilamente del brazo de Finger, con su mejor sonrisa, y musitó:

—¿Por qué no me acompañas a casa, querido? Mi hermano se alegrará mucho al saber que salgo con un hombre serio y honrado, como tú.

Finger no supo qué decir. Sólo supo que el contacto cálido del cuerpo de la mujer le encantaba, le seducía y al propio tiempo le ponía irremediablemente nervioso.

Pero ella acentuó su sonrisa, colgándose con más abandono de su brazo.

—¿Es que no vas a complacerme…? —musitó.

Finger se encogió de hombros, mientras echaba a andar.

Adivinaba que, por primera vez, sus trampas no iban a servirle de maldita la cosa.

CAPÍTULO VII

Antes de que llegaran a la casa, y ya casi junto al porche, Finger se detuvo un momento. Ella lo hizo también, dejando que su rostro fuera acariciado por la luz de la luna.

Habían hecho el camino en silencio. Aquel silencio les envolvía, les llenaba de una extraña tensión donde todo parecía lógico. Parecían posibles la esperanza, el amor, el engaño… Finger sintió que sus ojos quedaban presos en los de la muchacha, y con voz muy baja, apenas audible, pidió a ésta:

—Ahora dime la verdad, Ethel.

—¿Qué clase de verdad?

—Tú conocías a ese hombre, ¿no?

—¿Por qué iba a conocerle? ¿Crees que yo me relacionaría con un tipo de esa clase?

El acento de la muchacha era de convicción. Sin embargo Finger insistió aún:

—No puedo negar que era un hombre de los que llaman la atención de las mujeres.

—¿Y qué?

Finger se mordió el labio inferior.

—Sí, ya comprendo… Tú eres una mujer de las que no se fijan en los hombres. Por un momento había llegado a olvidarlo.

—Pues será mejor que no lo olvides nunca, Zorro Finger.

—¿Es una advertencia para que no me acerque a ti?

—Es como un aviso para que no pierdas el tiempo.

—Lástima.

—¿Por qué lástima?

—Eres una de las pocas mujeres realmente bonitas que he conocido en toda mi vida.

—Y tú uno de los hombres más frescos con que me he tropezado, Zorro Finger.

El hombre no hizo caso de estas últimas palabras, o al menos no lo aparentó. Por el contrario, su voz se hizo exactamente grave al preguntar:

—¿Siempre vas a seguir así, Ethel?

—Seguir…, ¿de qué modo?

—Quieta y encerrada en esa casa, sin tratar con ninguna clase de hombres.

—Es la vida que me gusta. Además, cuando trato con hombres ya ves lo que me ocurre.

—Sí… Reconozco que es una amarga experiencia. De todos modos contigo me ocurre una cosa lamentable. Ethel… Con tal de tenerte en mis brazos, sería capaz incluso de casarme y de ser buen chico.

—¿Lo dices en serio?

Finger lanzó una brusca carcajada.

Ocurría en estos momentos lo que siempre sucedía con él: Que no se sabía nunca si estaba hablando enteramente en serio.

Ayudó a subir a Ethel los escalones del porche y le dijo, antes de abandonarla junto a la puerta:

—Otro día que pienses salir, dímelo. Tendré mucho gusto en acompañarte…

—Lo tendré en cuenta. ¿No entras tú en casa?

—No. Voy a dar una vuelta.

La muchacha hizo un gesto educado, pero frío, como parecía ser habitual en ella, y abrió la puerta. Finger salió hacia la llanura, pero no estuvo mucho tiempo en ella.

Todo parecía calmado por aquella noche; sería mejor regresar. Además, después de la tensión de las últimas horas, estaba tan cansado como si hubiera trasladado sobre sus hombros todo un almacén.

Trepó a su habitación por los relieves de la pared —como hacía con frecuencia para mantenerse en forma— y entró por la ventana abierta. Quince minutos después dormía como un tronco.

Hasta que otra vez le despertó la inexplicable sensación de que en su habitación acababa de penetrar aquella presencia extraña.

* * *

Los roces eran muy suaves esta vez, más incluso que en la ocasión anterior. Eran apenas audibles, pero Finger estaba seguro de que alguien intentaba abrir el único armario que existía en su habitación.

¿O quizá lo había abierto ya?

El levísimo rumor se acercaba ahora a la puerta.

Finger se movió muy poco a poco, procurando que los muelles de la cama no crujiesen. Sabía ya que su misterioso visitante no tenía intención de matarle, al menos por el momento. Consiguientemente decidió que podía correr el riesgo de lanzarse a ciegas, hasta saber por medio de sus manos qué era lo que había allí, ya que no podía saberlo valiéndose de sus ojos.

Se lanzó de golpe hacia donde sonaban los susurros, pero en el último instante, y debido a lo violento del impulso, los muelles de la cama crujieron suavemente.

La puerta de la habitación se abrió con un chasquido. ¡El extraño visitante, fuese quien fuese, iba a salir!

Finger, que había caído al suelo, tendió la mano derecha.

Sujetó un pedazo de seda perteneciente a una falda. La sorpresa fue tan intensa que no acertó a tirar con la fuerza necesaria. Por unos instantes quedó como paralizado.

El pedazo de seda se escurrió de sus dedos, quedando en ellos una cosa blanda, suave, que el joven no supo identificar en el primer momento.

Corrió por el pasillo, tras abrir la puerta a su vez, pero ya la extraña mujer había desaparecido. No se distinguían más que las tinieblas, apenas disipadas por la luz de la luna que entraba por las ventanas. El silencio en torno a Finger era sencillamente espantoso.

El joven acercó los dedos de su mano derecha a una de las ventanas, para averiguar qué era lo que había quedado entre ellos. Vio entonces que se trataba de las puntillas del borde de un vestido. Era un pedazo equivocado en sus suposiciones. La que le había visitado aquellas dos noches no podía ser sino una mujer.

¿Ethel?

¿Quién si no? ¿Qué otra mujer había en la casa?

Finger sintió que unas gotitas de sudor frío asomaban a sus sienes.

¿Por qué todo aquello? ¿Por qué?

¿Qué buscaba Ethel con aquellas misteriosas visitas a su habitación?

Convencido de que ya no podría hallarla en toda la noche, aunque diese cien vueltas a las habitaciones de la casa, Finger regresó a su cuarto y encendió la luz. Tras guardar el pedazo de puntilla, miró atentamente en el interior del armario. La verdad era que no lo había abierto hasta aquel instante porque no lo necesitaba. Vio que en el interior no había nada, excepto unos viejos periódicos polvorientos y unas camisas vaqueras que debían llevar allí muchísimo tiempo. Evidentemente, no era aquello lo que había venido a buscar.

La perplejidad de Finger aumentaba por momentos, y no sabía qué actitud adoptar. No era aquél el terreno en que a él le gustaba moverse. El estaba acostumbrado a resolver las cosas con el revólver o con los puños, no realizando investigaciones propias de un detective. Estuvo tentado de largarse de la ciudad y no volver a acordarse nunca más de que existía en Colorado un lugar llamado Seymour.

Pero luego reaccionó. De todos modos tenía que seguir adelante.

Salió de nuevo al pasillo, por si escuchaba algún nuevo rumor, mientras maldecía de su destino.

Pero sus tribulaciones no habían hecho más que empezar.

De pronto creyó oír algo que le heló la sangre en las venas, a pesar de lo inofensivo que aquel sonido era.

¡El llanto de un niño!

¡Le pareció oír el llanto de un niño en el interior de la casa!

Finger, tan sereno en otros momentos de su vida, se llevó ahora una mano a la frente, sin saber lo que le ocurría. ¿Se estaría convirtiendo en un visionario? ¿Sería éste el primer paso antes de volverse loco?

Ahora ya volvía a imperar el más absoluto silencio en el interior de la casa.

El llanto del niño, si es que existió alguna vez fuera de su imaginación, ya no se escuchaba.

Finger sintió que las gotitas de sudor frío en sus sienes se hacían más espesas, y durante varios segundos permaneció quieto junto a la pared, respirando lentamente para procurar calmarse.

Pero las cosas no habían hecho más que empezar.

De pronto Zorro Finger escuchó pasos en la planta baja, pasos de hombre que caminaba con cierto sigilo, aunque sin miedo de que le oyesen.

Finger sacó un poco la cabeza por encima de la barandilla y miró hacia abajo sin llamar la atención.

El que caminaba por el vestíbulo era el *sheriff* Tony Holden. Parecía buscar a alguien en la oscuridad.

—¡Eleonora! —susurró—. ¿Dónde estás, Eleonora?

En el primer instante Finger no comprendió o, mejor dicho, quiso no comprender.

¡Porque Eleonora era el nombre de la difunta mujer del *sheriff*, la que estaba enterrada en el pequeño cementerio de la llanura!

¿Era ella la que había entrado en su habitación?

Finger sintió una corriente fría en la espalda al pensarlo.

Porque una cosa era completamente segura: ¡El *sheriff* estaba llamando a una muerta!

CAPÍTULO VIII

Zorro Finger iba caminando con un pesado baúl por la calle Principal de Seymour.

Era el mismo que había traído en la diligencia, y debía pesar mucho, porque el joven parecía cansado de transportarlo a pesar de su tremenda fortaleza.

Fue al local de la Junta de Vecinos, donde había una pequeña cantina para uso exclusivo de éstos, en la cual se despachaban bebidas no alcohólicas. Aquellas bebidas eran muy poco sugestivas, pues estaban constituidas casi exclusivamente por el agua, la limonada y la leche. Como un lujo especial, en la leche se ofrecían dos variantes: el cliente podía elegirla de cabra o de vaca.

Ni que decir tiene que los vecinos que se reunían para «divertirse»; allí hablaban como si estuvieran en un entierro. La única bronca que se recordaba fue suscitada por una discusión acerca de si eran de mejor calidad los ataúdes de roble o de castaño.

Pues bien, Finger entró en el local, depositó el baúl en una de las mesas y se sentó en otra situada a cierta distancia, como si no quisiera saber nada con lo que acababa de transportar.

Tres hombres estaban viendo aquello desde un lugar oculto del porche frontero, al otro lado de la calle.

Uno de aquellos tres hombres se llamaba Karter. Los otros dos eran pistoleros reclutados por los capataces del ferrocarril.

—Vuelve a emplear el truco del baúl —dijo Karter—. Parece mentira que no se dé cuenta de que eso ya está quedando demasiado viejo.

—Si empleó el truco en otro territorio, puede pensar que aquí no le conoce nadie.

—Seguro… Pero esta vez le va a salir el tiro por la culata. Os

juro que va listo.

Uno de los pistoleros preguntó:

—¿Estás convencido de que ese tipo pequeñajo que cabe en el baúl ha venido también a la ciudad, Karter?

—Yo mismo lo he visto.

Karter puso la mano a dos palmos del suelo.

—¿Y cómo es?

—Buaaa… Así. Una birria de tío, os lo juro. No sólo cabría en ese baúl, sino también en una cesta para ir a la compra. Seguro que ahora está metido ahí dentro y espera balearnos cuando menos nos lo imaginemos.

—Pues esta vez le va a salir mal.

—¿Cuál es el plan, Karter?

—Nos presentaremos los tres en ese local. Dos desafiaremos a Finger, mientras el tercero está atento al baúl. Antes de que se abra, le enviará seis balas a boca de jarro. Veremos qué gracia le hace al tipo que esté metido ahí dentro.

—De acuerdo. ¿Cuándo habrá que actuar?

—Cuando Zorro Finger empiece a confiarse un poco. Dentro de quince minutos. Yo daré la señal.

—Precisamente ahora habla alguien con él.

—Magnífico. Así estará más distraído.

Era cierto lo que comentaban los tres pistoleros. Uno de los vecinos de Seymour, precisamente el tendero Rafols, se había acercado a Finger.

Le señaló a través de la ventana la llanura que se divisaba en casi todas direcciones. En esa llanura, varios hombres estaban construyendo febrilmente un gran edificio de madera.

—¿Lo ha visto? —preguntó Rafols.

—La verdad, no me había dado cuenta… Eso ayer no estaba.

—Han empezado a construirlo esta mañana. A juzgar por la prisa que se dan, y como no les faltan ni materiales ni brazos, son capaces de tenerlo terminado esta misma noche.

—¿Qué piensan instalar ahí?

—Un saloon con escenario y todo.

—¿Cómo…?

Zorro Finger estaba sinceramente asombrado. Se notó incluso un tono de falsete en su voz.

—Han traído incluso chicas por ferrocarril. Claro que… puede imaginarse qué chicas.

—Sí que se animan…

—Son muchos hombres, y necesitan diversión. Parece que es eso lo primero que han pedido, incluso con más interés que los alimentos y las medicinas. Ahora bien, yo me pregunto si el *sheriff* podrá hacer algo contra ese hecho consumado.

—Aparentemente sí, porque ello queda dentro de su zona.

—¿Pero se atreverá?

—Yo no se lo aconsejaría —musitó lentamente Finger—. El ferrocarril es símbolo de nuestro tiempo, y oponerse a ello resulta inútil. Si partimos, pues, de la base de que el ferrocarril se hará de todos modos, lo mejor es no plantear problemas. Esos hombres no van a estar ahí eternamente. Un día crearán otra estación terminal a ochenta millas de aquí y se trasladarán con todo su equipo, dejándonos en *paz’*. Lo más que se verá desde estas ventanas, un par de veces por semana, será el convoy humeante que se pierde a los lejos. Si yo pudiera influir en el ánimo del *sheriff* —añadió— le pediría que no se opusiese.

Rafols se sentó a una de las mesas, y Finger le imitó. Sin preguntar, el mozo trajo a cada uno un gran vaso de leche. La verdad era que aquel saloon, según Finger, resultaba tan divertido como un panteón. Era como para ponerse a lanzar aullidos.

Rafols musitó:

—No sé qué es lo que le ocurre al *sheriff*. El otro día llegó incluso a pegarme.

—Yo tampoco lo entiendo. Pienso que está nervioso… o tal vez un poco majareta.

Finger recordaba inevitablemente las palabras de la noche anterior, cuando Holden se puso a llamar a su esposa muerta.

—De todos modos no quiero tenérselo en cuenta —murmuró Rafols—. Holden no es mala persona, en el fondo. Lo que ocurre es que está decidido a salvaguardar, a costa de lo que sea, la tranquilidad de este lugar, que él ama con todas sus fuerzas.

—Se alteró mucho con la muerte de su mujer, ¿verdad?

—Muchísimo. El la amaba como a nadie en el mundo, más que a

todo.

—¿Usted fue al entierro?

—¡Claro!

—¿Llegó a ver… el… el cadáver en el ataúd?

Rafols abrió mucho los ojos.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Le debe parecer un poco macabra, ¿verdad?

—No es eso… Es que me parece absurda.

—¿Pero usted vio el cadáver?

—¡Claro que lo vi!

—Disculpe la pregunta. En realidad es que tenía la sensación de que el *sheriff* Holden había llevado lo de la muerte de su mujer muy en secreto, casi hasta el extremo de dar el solo sepultura al cadáver.

—Pues se equivoca, amigo. El día que enterramos a la mujer de Holden, hubo lo que algunos periodistas de las naciones civilizadas llaman «una imponente manifestación de duelo». Todo el mundo desfiló ante el ataúd, que estaba cubierto con un cristal, y todo el pueblo acompañó a esa pobre mujer, a Eleonora, hasta su último refugio.

Finger bebió un sorbo de leche, y lamentó más que nunca que no se tratase de *whisky*.

Estaba completamente desorientado.

Mucha gente había visto el cuerpo de Eleonora, y todas esas personas la conocían. No había, pues, la posibilidad de un macabro cambiazo. No existía tampoco probabilidad alguna de que la tumba estuviese vacía, como por un momento había llegado a pensar.

Hizo al azar una pregunta, recordando lo que había creído oír la noche anterior: el llanto de aquel niño.

—Lástima que el *sheriff* y su esposa no llegaran a tener ningún hijo, ¿verdad?

—¿Por qué pregunta eso?

—Porque el carácter de un hombre se humaniza mucho cuando tiene un pequeño de quien cuidar.

—El *sheriff* y su esposa iban a tener uno.

—¿Un hijo?

—Sí, claro.

—¡Diablos!

—Parece como si eso le maravillara a usted mucho, señor

Finger.

—Es que… no lo imaginaba.

—Pero lo del hijo es una de las partes más amargas de esta triste historia, señor Finger.

—¿Qué quiere decir…?

—La esposa del *sheriff* murió cuando estaba encinta. Le faltaba ya poco para dar a luz. Las fiebres que se la llevaron hicieron también imposible el nacimiento del hijo. El *sheriff* lo sintió tanto que por poco se vuelve loco. Hágase cargo: lo perdía todo con un solo golpe de la adversidad. Un par de meses más y hubiera tenido al menos un hijo por quien vivir. De pronto se quedó sin nadie; más solo que una estaca plantada en mitad de la llanura.

Finger sintió que se le secaba la boca; él, a pesar de ser soltero comprendía muy bien lo terrible de esta situación. Nadie añora lo que no conoce, pero una vez conocido es terrible sentir que nos lo arrebata la muerte.

Pero también se le secó la boca por otra razón.

De una forma macabra y carente de sentido, pero que en cierto modo era lógico, todo concordaba.

El *sheriff* Holden añoraba a su mujer muerta y la llamaba por las noches. El, Zorro Finger, había oído penetrar en su habitación a alguien que parecía estar más allá de este mundo.

El *sheriff* Holden añoraba al hijo que nunca llegó a conocer. Y él, Zorro Finger, había oído en la casa, durante la noche, ¡el llanto de un niño!

Rafols le estaba mirando con atención. De pronto susurró:

—¿Qué le pasa?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Se ha puesto muy pálido…

—¿Usted cree en el Más Allá?

Ahora el que se puso pálido fue Rafols.

—Di… diantre. ¿Qué dice?

—Que si cree que las personas que han vivido pueden volver a vivir de algún modo.

—¿Quiere usted decir personas que ya están en el otro barrio?

—Exactamente. De las que no entran en su tienda, Rafols.

—Pues… pues mire, a mí no me saque de los comestibles y de los números. Todas esas zarandajas déjelas para los filósofos y los

adivinos. Además, no veo que nada de lo que dice tenga relación con el *sheriff* Holden.

—No, puede que no…

Iba a añadir: «A menos que el *sheriff* Holden esté majareta, cosa muy probable…». Pero no tuvo tiempo.

En aquel momento tres hombres entraron en el local. Los tres eran forasteros, y Finger conoció inmediatamente a uno de ellos. Se trataba del pistolero Karter.

Dijo en voz muy baja a Rafols:

—Lárguese si quiere seguir vendiendo alubias, amigo.

Y se puso en pie poco a poco.

Capítulo IX

Aparentemente los tres hombres venían en son de paz. Se limitaron a mirar en torno suyo y a pedir cada uno un vaso de leche. Pero por la forma en que se distanciaron, Finger adivinó la táctica.

Rafols saludó presurosamente, largándose como alma que lleva el diablo. Finger quedó solo en la mesa, y desde ella contempló a Karter con la mejor de sus sonrisas.

—Hola —dijo—. ¿Marchan bien los negocios del ferrocarril?

—¿Y a ti qué te importa?

—A mí, nada. Pero me daré una vuelta por ese saloon que estáis improvisando. Dicen que incluso habrá chicas.

—Ujú. Verdaderos monumentos.

—¿Por qué monumentos?

—Porque la menos antigua tiene ciento cincuenta años.

Karter lanzó una carcajada, como riendo su propia gracia, y luego añadió con voz ronca:

—He estado pensando, Finger.

—Vaya… Pues te habrá costado muchísimo trabajo. ¿Y qué has llegado a pensar tú, Karter?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, que no fue limpia la muerte de aquel fulano en el vagón del ferrocarril.

—Hombre, reconozco que se manchó de polvo al caer. Limpia, lo que se dice limpia, no resultó la cosa.

—Hiciste trampa con aquel vaso.

—Si a la distancia a que estábamos, no llego a distraer un poco su atención, la palmamos los dos. No veo que nadie hubiera salido ganando con eso.

—Lo que tú sueltas son disculpas. Hiciste trampa, y he pensado que eso hay que arreglarlo.

—¿De qué modo? ¿Piensas apiolarme tú a mí para dejar las cosas en su sitio?

—Has acertado, amigo. Premio.

Finger se distanció un poco, colocándose más en el centro de la sala, mientras levantaba ligeramente su mano derecha, un poco por encima del nivel de su culata.

—Ahora no podrás emplear tus trampas —rió Karter—. Todas las trampas que puedas emplear aquí están controladas.

—Sí, ya lo veo, pero tú, en cambio, empleas una trampa muy bonita. Sois tres contra uno.

—Sólo dos. Yo te aseguro que ése —señaló con el mentón al que estaba cerca del baúl— no dispara contra ti.

—Voy comprendiendo. Pero, de todos modos, dos contra uno no deja de ser una situación bastante fastidiosa.

—Para ti, si. Pero hay una explicación: esto no es un desafío, sino una ejecución semi pública. Tú liquidaste ayer a un amigo mío: Hoy dos amigos te liquidamos a ti.

—Me parece un trato razonable.

—¿Pues a qué diablos esperas?

El encargado del mostrador ya se había pegado al suelo y boqueaba amenazando con devolver las primeras papillas que tomó cuando era niño. Por lo demás el local se hallaba vacío, a excepción de los que iban a pelear.

Uno de los tres pistoleros, el que se había distanciado más, contemplaba exclusivamente el baúl con unos ojos de obsesionado. Se había colocado tan cerca que en cuanto sacase los revólveres, los cañones casi tocarían la madera de la caja.

Si alguien había dentro de él, iba bien listo.

Los ojos de Zorro Finger, mientras tanto, se habían achicado un poco.

Volvía a ser el gun-man semi profesional, el hombre que mata sin pestañear, el que está acostumbrado a jugárselo todo a una sola bala y conoce el valor de cada segundo de pelea.

Había adivinado que el más peligroso era Karter. Éste era un

auténtico pistolero. El otro se movería con más o menos rapidez según lo hiciera su jefe.

Pensó que debía eliminar, ante todo, a Karter, si quería tener alguna posibilidad de seguir vivo.

Fue Karter el que aulló:

—¡Saca!

Finger se lanzó de costado, mientras disparaba a través de la funda, y entonces sucedieron tres cosas. La primera y más rápida fue que Karter se arqueó, crispado de dolor, mientras la bala le alcanzaba en el plexo solar, y su disparo, casi simultáneo con el de Finger, se clavó en la pared junto a la cual se encontraba éste.

La segunda fue que su compañero sacó el revólver, pero en ese momento alguien golpeó con los nudillos en la ventana más próxima. Al volverse, el pistolero vio a un individuo pequeñajo que le estaba haciendo muecas desde detrás de los cristales, con lo cual quedó paralizado y perdió más tiempo que el que hubiera sido necesario para dar la vuelta a la ciudad.

Y, tercera, que el otro gun-man disparó contra el baúl, mientras abría mucho la boca en una carcajada burlona.

Por los impactos redondos que habían causado las balas, empezó a salir del baúl vinagre a presión, y el primer chorro llenó la boca abierta del pistolero.

Antes de que éste se diera cuenta, había tragado ya casi medio litro. Lanzó una especie de alarido y empezó a dar volteretas por tierra, mientras profería maldiciones en todos los idiomas que él conocía, que era el inglés y mal hablado.

Karter cayó de rodillas al suelo, sujetándose con la mano izquierda una extensa mancha de sangre, y con la derecha intentó desesperadamente levantar el revólver para hacer fuego otra vez. Lo consiguió con un último espasmo, pero la bala se perdió en las tablas del suelo. Inmediatamente cayó de bruces, mientas un nuevo chorro de sangre manaba de su boca.

En cuanto al otro pistolero, el que miraba hacia la ventana, quedó tan petrificado al ver que el hombrecillo llamado Pouce no estaba en el baúl, que no supo qué hacer. Matarlo resultó para Finger lo más fácil del mundo.

Pero no lo hizo.

Se limitó a tirar contra el revólver, arrancándolo de la mano del pistolero y dejando en ésta una buena marca. El herido quedó como clavado en la barra, mientras de sus dedos resbalaba la sangre.

—Ahí tienes vinagre por si quieres curarte —dijo Finger, señalando el baúl con el mentón.

—Pe…, pero…

—No soy tan estúpido como para emplear la misma trampa dos veces —dijo Finger a continuación—. Siento que tu jefe haya aprendido eso demasiado tarde.

—¿Qué… va… a hacer… con nosotros?

—No sois más que pobres pistoleros a sueldo. No intentaré nada si me prometéis dejar los revólveres y emplearos como simples obreros del ferrocarril.

Los dos
gun-men
se miraron.

Uno de ellos barbotó:

—¡Considérenos empleados, Finger! ¡Si de nosotros depende, el ferrocarril va a llegar al Pacífico la semana que viene!

Y salieron con tanta rapidez como las balas que acababan de ser disparadas en el local.

Finger hizo una seña para que entrase Pouce.

—Has estado magnífico. Si llegas a tardar un segundo más, ese otro pistolero me acribilla. Sólo he podido ocuparme de Karter, y encima con muchísimo trabajo.

Pouce hizo un gesto compungido.

—Pero nos han estropeado el baúl, jefe… Y aquí ya estamos «gastados» los dos. No se podrá emplear otro truco.

—No creo que sea necesario, muchacho. Aquí va a haber pa…

Iba a decir «paz», pero en aquel momento sus palabras fueron cortadas por una violenta sarta de disparos.

Éstos sonaban en la única calle de Seymour, pero unas yardas más abajo. Finger salió a la puerta y vio a cinco jinetes que pasaban por delante suyo como una exhalación, llevando al aire sus revólveres todavía humeantes. Fue todo tan rápido que ni él tuvo tiempo de sacar su arma nuevamente ni los jinetes de disparar contra él, ya que apenas pudieron verle. Naturalmente. Finger tuvo

posibilidad de tirar contra sus espaldas, cuando ya hubieron pasado, pero eso era una situación que no le gustaba, y además vio algo en el centro de la calle que le llamó mucho más la atención: el *sheriff* Holden estaba caído en tierra.

Corrió hacia él, pero Holden ya se ponía trabajosamente en pie. Intentó sacar el revólver y no pudo, porque tenía el brazo derecho atravesado. El arma cayó a tierra.

—Ésos… perros… —balbució.

—¿Qué ha sucedido, Holden?

—Salieron galopando de repente cuando yo cruzaba la calle. Debían… estar acechando… Esos carromatos se han acercado tanto que… casi los cubren… Por fortuna me he tirado al suelo a tiempo y sólo han conseguido herirme…

Finger apretó los labios, haciendo una mueca amarga…

No era por el *sheriff*, cuya herida nunca podría resultar mortal.

Era por los habitantes de Seymour y por los obreros honrados del ferrocarril. Porque se había declarado la guerra.

CAPÍTULO X

Por la noche se inauguró el saloon que los hombres del ferrocarril habían levantado en mitad de la llanura.

Fue un auténtico récord.

Parecía increíble que una obra semejante pudiera empezarse y terminarse en una sola jornada, pero aquellos hombres rudos, lo consiguieron. Había además, material y herramientas de todas clases para emplear. Y había docenas de faroles de petróleo, que fueron colgados del techo del nuevo saloon.

El edificio relucía en mitad de la llanura como un ascua cuando las sombras de la noche se abatieron sobre el territorio.

Casi dos centenares de hombres lo llenaron. Tuvo un éxito colosal, apoteósico, fue un éxito de los que habían de marcar época en la historia de Colorado.

Desde el porche de la casa del *sheriff*, Finger contemplaba fijamente todo aquello.

Había encendido un largo y estrecho cigarro, y sus ojos entrecerrados tenían una expresión que hubiera sido difícil descifrar. Por lo menos a la mujer que le contemplaba desde hacía unos instantes, sin ser vista, le resultó imposible descifrarla.

Por fin aquella mujer se acercó.

Era Ethel, la hermana del *sheriff*. Caminaba lenta y cadenciosamente, con ondulaciones de gata. No se sabía por qué, pero aquella mujer producía una sensación al verla quieta y otra, muy distinta, al verla andar. Eso fue lo que pensó Finger, mientras la miraba de reojo.

Diantre, era cierto… Aquella mujer tenía andares de gata.

Era una persona que desorientaba. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Cómo no se había dado cuenta?

Ethel susurró:
—¿Acabas de salir de la habitación de mi hermano, Finger?
—Sí.
—¿Cómo está?
—Mejor. Tiene fiebre, pero eso es natural después de una herida de esa clase. Dentro de muy pocos días creo que podrá empezar a levantarse.
—Yo no he entrado porque creí que le sabría mal. Mi hermano es muy severo en cuestión de mujeres. Dice que un hombre serio no debe permitir que éstas entren en su habitación.
—Tu hermano es un poco exagerado, ¿no?
Ella se encogió levemente de hombros.
—Ya he renunciado a juzgarle. Cada uno es como es…
Señaló con el mentón hacia la llanura, donde rebrillaba el ascua del nuevo local.
—Y ésos también son como son.
—¿Te refieres a los del ferrocarril?
—Son gente extraña. Necesitan las diversiones más que el dinero. A veces parece como si se olvidasen de sus familias, de todo.
—Les ocurre porque están solos. En el fondo es sólo eso.
Finger hizo una suave mueca, arrojando el cigarro a medio consumir, y añadió:
—Tú también estás sola, Ethel.
Ella no contestó. Fijó sus ojos en la llanura y estuvo así durante largo rato, muy quieta, mientras sentía la mirada del hombre pasear por sus cabellos, por sus mejillas tiernas y sonrosadas, por la línea de su nuca.
Una extraña tensión se había formado entre los dos, una tensión cargada de sentido, pero que no acertaban a explicarse.
Fue ella la que la rompió diciendo con voz trémula:
—¿Qué hará mi hermano cuando sepa que los del ferrocarril han abierto ese saloon?
—No sé. Afortunadamente no puede moverse.
—¿Intentarán algo más contra él?
—¿Quién sabe? Entre esos tipos —señaló hacia la llanura— hay buena y mala gente. Los que le atacaron debían ser pistoleros de los que siempre rondan por esos ambientes; quizá repitan su golpe. La Ley es siempre una molestia para ellos.

—Y si lo repiten, ¿qué podemos hacer? Prácticamente, Tony no cuenta con más ayuda que la tuya.

Finger descendió calmosamente los escalones del porche.

—Por eso voy a visitar el lugar. Me gustará saber qué ambiente se masca por aquellas latitudes.

Ella dijo:

—Finger…

Pero Finger simuló no haberla oído, aunque la voz de la muchacha llegó perfectamente hasta él. Caminó hacia la salida de la población y luego anduvo por la llanura, que estaba bañada por la luz de la luna. Desde el saloon llegaban los gritos, las canciones y los improperios de los casi doscientos hombres que se habían apiñado allí. El ambiente estaba en plena ebullición, y el saloon daba a ratos la sensación de una caldera que fuese a estallar de un momento a otro.

Finger empujó las puertas de batientes, que estaban barnizadas como las de un local de auténtica categoría. No había apenas sitio, pero tuvo la suerte de que, en aquel momento, dos matones arrojaban a un borracho de junto a la barra. El, en silencio, ocupó su puesto.

Nadie se fijó en el recién llegado. Había allí tanto movimiento, que una persona más no llamaba la atención de ningún modo.

Le sirvieron, sin que lo pidiese, un *whisky* infernal, que hubiera sido rehusado hasta por los borrachines de las tribus indias.

Miró hacia el pequeño escenario, donde en ese momento actuaba una cantante que debía ser contemporánea de los primeros habitantes de América. Llevaba un vestido negro muy ceñido, iba encorsetada hasta el cuello y a cada movimiento parecía como si por el pequeño escenario se desplazase una ballena.

Y, sin embargo, la mujer tenía éxito, porque los obreros de las primeras filas la miraban con ojos donde hubiese cabido una traviesa de la vía.

Finger preguntó al tipo que estaba a su lado, un irlandés pelirrojo que parecía sujetarse los pantalones con la barba:

—¿Y todo es así?

—¿Es que le parece malo?

—No, no… La señora está estupenda.

—¡Ah! Creía…

—¿Pero no hay ninguna otra que esté… digamos… menos llenita?

—No lo sabemos. Las artistas son nuevas. Van saliendo por sorpresa.

—Pues muchas sorpresas como ésta y se hunde el escenario.

En aquel momento la cantante-ballena acabó su actuación con un berrido final que hizo bailar las tres docenas de lámparas que colgaban del techo. Se le rompió el corsé, y una de las cintas le salió disparada por el escote. Ante los aullidos del «respetable público», hubo de batirse en retirada mientras, ante la presión terrible de sus curvas, el vestido se le abría de arriba abajo.

El irlandés de la barba larga estaba que se subía por las paredes. Clamaba que nunca se había visto nada igual, y que él vendería los raíles del ferrocarril con tal de casarse con aquella sirena.

El escenario quedó vacío durante unos instantes.

Aprovechando la momentánea calma, Finger preguntó al irlandés:

—¿Quién es el dueño de esto?

—¿No lo sabe?

—La verdad, no.

—Pues es Lowell, uno de los accionistas del ferrocarril. Un tipo de cuidado. Nunca se le ocurra meterse con él sin haberse confesado antes.

Finger conocía al tal Lowell. Lo había oído nombrar a lo largo y a lo ancho de la geografía de los Estados Unidos.

Aparentemente se dedicaba a la construcción de ferrocarriles, pero eso era lo de menos para él. Alargaba las construcciones años y años, solicitando ayudas del Gobierno y convirtiendo en un negocio ruinoso lo que podía haber sido un floreciente asunto. Sin embargo, aunque la Compañía concesionaria perdía mucho dinero, él no perdía nada. Al contrario. Siempre se las ingeniaba para manejar las diversiones del personal empleado y prácticamente todos los sueldos pagados regresaban a sus bolsillos.

Era un tipo listo, y además aparecía siempre rodeado por una corte de pistoleros, lo que le convertía en doblemente peligroso.

Ahora lo vio allí, sentado en las primeras filas, mientras fumaba con deleite un largo cigarro de Virginia.

Iba a observarlo más de cerca cuando, de pronto, una nueva

figura apareció en el escenario.

Los rumores cesaron inmediatamente; las conversaciones quedaron cortadas; las bocas se abrieron, con un largo «Oh…» de admiración, y los ojos de los hombres se enturbiaron casi instantáneamente.

No era para menos.

La mujer que acababa de aparecer en el escenario era la más bonita que Finger había visto jamás y, por supuesto, la más bonita que todos aquellos bergantes del ferrocarril habían visto en su vida.

Se trataba de una joven de unos veinticuatro años. Era rubia, alta, espléndidamente formada, y llevaba un vestido de lentejuelas diabólicamente ceñido al cuerpo. Tenía toda la habilidad de una bailarina consumada y toda la ingenuidad de una muchacha que acabara de salir de un colegio en aquel momento. Calzaba zapatos de alto tacón, sus esbeltas piernas estaban enfundadas en negras y finas medias, y su piel joven palpitaba bajo la luz de las lámparas. El silencio de los espectadores era la mejor muestra de admiración que se le podía tributar. Era, sin embargo, un silencio peligroso, un poco como el de las fieras que acechan a sus víctimas antes de lanzarse sobre ellas.

La recién venida se puso a cantar.

Tenía una voz suave, melódica, y además con auténtica clase. No había aprendido a cantar en aquel momento, ni mucho menos era una auténtica profesional, pero una profesional que hubiera hecho temblar de entusiasmo un escenario de Nueva York. No se comprendía cómo podía estar allí, en aquel lugar perdido de Colorado, ante una cohorte de obreros el más fino de los cuales hubiera podido servir de verdugo en una cárcel de Minnesota.

Finger estaba tan admirado como los demás, pero además por otra razón. Porque no llegaba a entender las causas de la presencia de aquella muchacha.

Cuando ésta se movió un poco, con un ligero contoneo de caderas, la tempestad empezó a desatarse.

Los gritos partieron de todas direcciones; los alaridos llenaron la sala. Manos ansiosas se tendieron hacia el escenario, y la bailarina hubo de retirarse casi hasta el telón de fondo.

El mismo Lowell estaba maravillado. Sin duda no conocía a aquella cantante. Debía haber aparecido en el último momento,

siendo inmediatamente contratada. Sus facciones enrojecieron a causa de la excitación cuando la vio moverse a ocho pasos de sus narices.

Al terminar ella la canción, el local por poco se hunde.

Los vítores, los hurras, los aullidos pidiendo que aquello se repitiera, hicieron temblar los cristales.

Al escenario empezaron a llegar sombreros, cinturones con monedas y pañuelos flameantes. Incluso un tipo con cara de caballo lanzó una herradura que nadie fue capaz de decir si no se le habría arrancado a sí mismo.

Lowell, desde su asiento, hizo una seña a la artista, que saludaba.

Ella no entendió o no quiso entender. Se retiró velozmente. Lowell dio entonces un codazo a uno de los pistoleros que se sentaban junto a él; éste se puso en pie.

La mayor parte del público no captó aquello, pendiente como estaba de la artista. Pero Finger lo notó perfectamente.

Se abrió paso hacia aquella pequeña parte del barracón que quedaba cubierto a un lado del escenario, y que sin duda debía corresponder al almacén de bebidas y a los camerinos de las artistas.

Pasar ahora le fue más fácil que antes, porque todo el mundo estaba revolucionado, y aunque a uno le pisasen un callo no se enteraba hasta la semana próxima. Los gritos llamando de nuevo a la artista arreciaban y arreciaban… Finger pudo llegar sin gran esfuerzo hasta una puertecilla recién pintada y la abrió.

Se encontró en un estrecho pasillo, a un lado del cual se abrían varias puertas.

Un fulano con cara de gorila guardaba aquello, pero dejó de hacerlo cuando Finger le clavó en el mentón un golpe que lo arrugó completamente. El golpe fue tan repentino y tan fuerte que el guardián ni se enteró de que acababa de quedar cesante.

Finger caminó hacia uno de aquellos camerinos, el que estaba situado más al fondo.

Vio que por el otro lado avanzaba el buitre a quien Lowell había hecho levantar de su asiento.

El tipo aquel tenía la mirada fija en la puerta; no vio a Finger. Se detuvo en el umbral y dijo suavemente:

—Vas a tener que venir, nena.

La voz del camerino contestó con igual suavidad:

—Y tú vas a tener que largarte, nene.

—Lowell te llama.

—¿Y quién es Lowell?

—El amo de todo esto.

—Pues dile al amo de todo esto que me he de cambiar de vestido. Si luego tengo tiempo iré, pero sin prisas.

—Ha de ser ahora. Y vestida así.

—¿Por qué?

Los ojos del pistolero brillaron.

—¿Y tú lo preguntas, muñeca?

Introdujo la mano en el camerino, que debía ser muy pequeño. Se le vio forcejear unos instantes.

Sacó al fin a la chica, con parte del vestido desgarrado. Ella se revolvía como un gato salvaje, pero sin que le sirviese de gran cosa. Los bíceps del pistolero eran los de un auténtico luchador. La dominaba casi con una sola mano.

Finger, mientras tanto, había encendido un nuevo cigarro.

Tras exhalar una bocanada de humo, lo puso en los labios del pistolero. Éste hizo una mueca.

—¡Eh! ¿Pero qué diablos…? —farfulló.

Finger movió su puño derecho y le deshizo el cigarro en la boca. Las briznas del tabaco dejaron ciego por unos instantes a su enemigo. Zorro movió entonces la izquierda, y el gancho hizo saltar al pistolero hasta el techo, que era bastante más bajo que lo acostumbrado. Cuando regresó al suelo, después del corto viaje, tenía las facciones desencajadas por el dolor.

Pero no estaba vencido.

Movió los dos puños y consiguió alcanzar a Finger, pero éste encajó bien. Ni siquiera pestañeó cuando los nudillos de su enemigo se le llevaron partículas de piel por delante. Aprovechó la guardia excesivamente alta de su adversario para propinarle un corto al estómago, y al encogerse lo volvió a cazar en la mandíbula, enviándolo hacia atrás hecho un pelele.

Finger comprendió que no se levantaría al menos en cinco minutos. Tenía tiempo más que suficiente, incluso para casarse con aquella muchacha.

La miró.

Valía la pena, y lo lamentable es que esta clase de novelas no se editen en cinerama, para que el lector pudiera verla por sí mismo. La bellísima Ethel quedaba pequeña al lado del monumento que ahora Finger tenía ante los ojos. Además sabía moverse endiabladamente bien, aunque no se lo propusiera. El más inocente gesto resultaba incitante en ella. Si Ethel tenía movimientos de gata, ésta los tenía de tigresa.

Finger susurró:

—¿Cómo te llamas?

—Jessica.

—Yo, Finger.

—Vaya… Encantada de conocerte.

—Éste no es ambiente para ti. Ven.

Finger estaba seguro de obrar como un buen chico. Estaba convencido de ser el salvador de aquella deliciosa mujercita, y lo menos que esperaba era que ella se le echase al cuello, conteniendo las lágrimas. Pero en lugar de eso la mujer susurró:

—Claro que no es ambiente para mí. Ni para ti, chato.

Y propinó a Finger un mandoble que por poco lo envía al otro lado del pasillo. Pero, eso sí, lo hizo sin perder la sonrisa.

Luego se acercó.

CAPÍTULO XI

Vista de cerca, la mujer resultaba mucho más impresionante que en el escenario. Parecía increíble comprobar que aquella mujer no tenía un solo defecto, que era perfecta de los pies a la cabeza. Por otra parte, sus movimientos de tigresa hubieran mareado a cualquiera.

Zorro Finger ni siquiera sentía ya el escozor del mandoble. Todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Más.

Ella casi se pegó a su cuerpo.

Tenía una sonrisa suave, elegante, en unos labios que eran toda una tentación.

A Finger le costó un supremo esfuerzo mantenerse impasible y preguntar:

—¿Cómo has venido a parar hasta aquí, Jessica?

—¿Qué puedo decirte? La vida…

—Tú no tienes cara de haber pasado una vida demasiado arrastrada, nena. Pareces arrancada de un cromo de la buena sociedad.

—Pues puedo asegurarte que nací en un ambiente como el de este distinguido saloon.

—Eso es imposible…

—Mi madre murió en una emboscada de las tribus indias cuando nos dirigíamos hacia el Oeste. A mi padre lo ahorcaron bajo la acusación de ser un cuatrero, aunque era inocente. Hube de ganarme la vida desde que quedé sola; tenía ocho años.

—¿Y cuántos tienes ahora?

—Veinte.

—En el escenario me pareciste mayor…

—Debe ser porque he pasado muchas cosas amargas. En según qué ambiente, una mujer se hace madura antes.

Era cierto. Ahora se daba cuenta Finger de que ella era una chiquilla, pese a que en sus ojos palpitaba una extraña madurez. Ella debía haber visto en la vida todo aquello que una mujer no debería ver jamás.

Pero, de todos modos, Finger aún no acababa de ver la situación clara, aún no podía creer que aquella especie de florecilla hubiera llegado hasta aquel lugar perdido del territorio sólo porque el azar lo había dispuesto así.

Musitó:

—Me parece que con eso de tu padre y tu madre me has colocado un cuento que no se lo traga ni un niño de pecho.

—He dicho la verdad.

—Muy bien. Si has dicho la verdad, eres una florecilla inocente que ha caído en un estercolero. Voy a sacarte de aquí.

—¿Y cómo sé que no vas a meterme en otro estercolero peor todavía?

—Te llevaré a casa del *sheriff* Holden. El cuidara de ti y te pagará el viaje de regreso, si es que aún tienes parientes en alguna parte.

Las facciones de la muchacha palidecieron un momento; sólo un momento, que Finger no llegó a captar.

—No… El *sheriff* Holden, no.

—¿Lo conoces?

—Lo he oído nombrar. Sé que tiene un carácter imposible. Es capaz de mandarme encarcelar sólo por el hecho de haber bailado ante los hombres del ferrocarril.

—No lo creas. Holden parece un ogro, pero no lo es. Solamente desea que en el mundo no haya chicas que sufran como tú.

Fue a tomarla por un brazo, pero ella se revolvió como una fierecilla.

—¡Déjame en paz!

—¿Pero qué quieres hacer?

—Volver ahí, al local. Me interesa estar en buenas relaciones con Lowell.

—¿Pero no te das cuenta de que ése sí que es un maldito lobo? ¿No comprendes que toda tu pureza, si es que la tienes, va a durar

menos de diez segundos en sus manos?

—Yo sé lo que me conviene.

—¡Estás loca!

Finger fue a sujetar a la mujer con auténtica fuerza, pero se dio cuenta de que tendría que lastimarla. Ella estaba dispuesta a defenderse hasta con las uñas. De repente le pareció odiosa la idea de poner las manos encima de una mujer como ella.

—Voy a hacer una cosa —murmuró—. Rondaré cerca de ti.

—No necesito la protección de nadie.

—Insisto en que estás loca.

—Y yo te aseguro que sé defenderme sola.

—¿Dónde vas a dormir?

—Hay un vagón de ferrocarril habilitado para las artistas. Nada me puede ocurrir mientras esté con otra o varias compañeras.

Finger se convenció de que sería inútil discutir con la muchacha. Ella era tan encantadora como terca. No conseguiría nada si no era arrastrándola a la fuerza, cosa que le repugnaba hacer.

Sacó entonces su revólver.

—¿Puedes admitir un regalo, nena?

—Depende de lo que sea.

—Lleva mi revólver en algún sitio, aunque sea sujeto a una de tus ligas. Es un cacharro que no falla nunca. En cuanto alguien se ponga tonto y se lo enseñes, verás cómo se le arrugan las narices.

Ella lo miró, lo tomó un instante en su derecha y luego acabó devolviéndoselo.

—No lo necesito, gracias.

—¿Estás segura?

—Abulta demasiado. Si lo llevara sujeto a una de mis piernas, la gente querría saber lo que hay allí, y me daría tironcitos a la falda.

—Es que, aunque no lleves el revólver, me temo que eso sucederá de todos modos.

Ella le dirigió una lejana sonrisa, mientras empezaba a caminar de espaldas.

Era evidente su deseo de salir de allí, de volver al local donde la aguardaba Lowell.

—Perdona que te diga eso… —susurró Finger, al notarlo—, pero si es que ese tipo, Lowell, te ha prometido algún dinero, yo quizá podría… Bueno, se entiende sin pedir nada a cambio.

—Lowell no me ha prometido nada. Ni siquiera lo conozco personalmente, porque el que me contrató fue otro. Pero tengo un gran interés por conocerlo. ¿Entendidos, amigo?

Finger no sabía qué actitud adoptar.

Jamás se había encontrado ante una mujer así, y si bien estaba dispuesto a matar para que nada le ocurriese a ella, en cambio no era capaz de tocarle un pelo para impedir que fuese junto a Lowell.

—Vete —susurró al fin—. Pero permíteme decirte una cosa muy sencilla, y esa cosa tan sencilla es que jamás he visto una chica como tú, Jessica.

Por un momento se humanizaron las facciones de la muchacha, en las que parecía flotar un permanente gesto de ironía y de burla. Pero fue solo un momento, que esta vez Finger sí que notó.

Todo lo que había vivido hasta entonces, todo lo que había hecho, le pareció que no tenía importancia ante lo que estaba viviendo. Le pareció que toda su vida había sido un gran espacio en blanco hasta llegar al instante en que conoció a Jessica. Supo que nunca podría olvidarla, y eso le produjo una extraña amargura.

Porque se daba cuenta de que aquella mujer, Jessica, nunca sería suya.

Volvió a guardar el revólver.

—Espero que tengas suerte —musitó.

—Estoy segura de tenerla.

Ella desapareció. Se esfumó a lo largo del pasillo como una aparición que se desvanece. Finger llevaba ya un largo minuto solo y aún creía estar percibiendo su perfume, su suave presencia, la luz dulce penetrante de sus ojos.

Luego movió la cabeza.

Hubiera necesitado un buen trago para arrancarse de la cabeza aquella turbadora sensación, pero no tenía a mano ninguna botella. Terminó encogiéndose de hombros.

E iba a alejarse ya cuando casualmente miró hacia el interior de lo que era el pequeño camerino de la muchacha.

Había allí un pequeño bolso, unos zapatos de calle, de tacón más bajo, y un vestido. Aquel vestido era muy sencillo y muy decente, pero había en él algo que le llamó en seguida la atención.

Terminaba en unas puntillas.

¡Unas puntillas de las cuales faltaba un pequeño trozo!

Finger quedó anonadado, atónito, paralizado por el estupor, mientras sacaba de uno de los bolsillos de su camisa el pequeño pedazo que arrancó aquella noche a la misteriosa dama y lo comparaba con el vestido que ahora tenía ante los ojos.

¡Eran idénticos!

¡Jessica era la misteriosa mujer que había penetrado en su dormitorio por dos veces!

Finger abrió mucho la boca, asombrado, sin comprender absolutamente nada, y en aquel momento miles de estrellas bailaron ante sus ojos, mientras el mundo entero parecía dejar de existir para él.

CAPÍTULO XII

Cuando recobró el sentido vio al principio algo muy luminoso que parecía bailotear en torno a sus ojos semi cerrados. Tardó casi un largo minuto en darse cuenta de que aquello era una fogata.

El estaba tendido en el suelo, y con las manos atadas. La nuca le dolía en un punto muy concreto, que era precisamente el sitio donde le habían hecho la caricia.

Se encontraba en pleno campo, pero no lejos de la vía, porque veía rebrillar tenuemente los raíles a escasa distancia. Sobre él relucían las estrellas. A muy poca distancia de sus ojos veía brillar también el cañón de un rifle.

Alguien le estaba vigilando.

Volvió la cabeza, y su asombro fue mayúsculo al reconocer al tipo a quien atizó unas noches antes, el mismo que estaba golpeando a Ethel junto a la vía cuando él llegó.

El fulano estaba sentado en cuclillas, como un moro, y miraba hacia la lejanía. Sus facciones impasibles no se alteraron cuando volvió los ojos hacia Finger y se dio cuenta de que éste acababa de despertar.

Finger hizo unos cuantos movimientos para comprobar la solidez de sus ligaduras, y luego gruñó:

—Estoy bien atrapado, ¿eh? ¿Quién lo ha hecho?

—No te importa.

—Bueno, hombre, me parece bien que le desnuquen a uno, pero que luego uno no sepa ni a quién agradecérselo…

—Ha sido por orden de Lowell.

—Me lo imaginaba. ¿Y qué quiere?

—Parece que te estás metiendo en demasiados líos desde que llegaste aquí.

—En todo caso, el que se mete en líos es él. ¿Qué ha hecho con aquella chica?

—No lo sé.

Finger se removió, inquieto.

—A propósito de chicas: ¿qué te sucedía con aquélla?

—¿Con cuál?

—Tú lo sabes muy bien.

—Quiere pescarme.

—¿Cómo?

A Finger le parecía moverse en un mundo de locos. Desde que puso los pies en Seymour no entendía absolutamente nada de lo que pasaba.

—¿Qué esa mujer… quiere pescarte? Supongo que será para que te cases con ella, ¿no?

—Por supuesto.

Finger lanzó una carcajada, a pesar de que a cada movimiento de sus labios le dolía espantosamente la nuca.

—Mira, nene, si esa chica quisiera pescar marido, podría elegir entre cien mil fulanos tirados a sus pies. Ethel es de lo más apetitoso que he visto; le sobrarán ofertas.

—Sí, pero da la casualidad de que ella se ha enamorado de mí, y los otros no le importan.

Zorro Finger miró con más atención al tipo. Aceptaba con la mayor naturalidad el que las mujeres se enamorasen de él, y la verdad era que quizá no le faltaban motivos para ello. Alto, fuerte, rubio y de facciones muy armoniosas, hubiera llamado la atención en cualquier parte. A Finger le fastidiaba, como a casi todo el mundo, encontrar a alguien más guapo que él, pero lo que era verdad era verdad, y él no podía hacer nada. Si Ethel estaba enamorada de aquel hombre, motivos no le faltarían.

Incluso se notaba en él una cierta distinción, aunque en muchos aspectos era como un guiñapo a merced de las circunstancias.

—Yo no me casaré nunca —susurró el otro—. Necesito ser libre. Libre como un puma…

Mientras hablaban, Finger había intentado acercar las manos a una brasa, desprendida del fuego poco antes, posando sobre ellas las cuerdas para que se fueran desgastando.

Vigilaba para que su guardián no lo notase, pero éste parecía

absorto y seguía con la mirada perdida en la distancia.

Por fin se acercaron ocho hombres armados con rifles. Caminaban igual que una formación militar. Finger se dio cuenta de que sus armas eran último modelo y de calibre pesado.

«¿Adónde irán esos buitres?», pensó.

La respuesta se la dio su vigilante cuando dijo maquinalmente, sin dar importancia a la cosa:

—Van a arrasar la casa del *sheriff*…

Capítulo XIII

Finger se quedó mirando fijamente, como hipnotizado, a los ojos del otro. No vio en ellos ninguna emoción, ningún sentimiento. Hablaba de que iban a arrasar la casa del *sheriff* como si dijese que el día siguiente se tenderían cien metros más de vía. Por unos momentos Finger, a pesar de su habitual sangre fría, quedó asombrado.

—¿Es que Lowell se ha decidido a jugárselo todo a una carta? —preguntó en voz baja, mientras la brasa desprendida de la hoguera quemaba ya materialmente la piel de sus muñecas.

—Eso parece. Ha comprendido que, mientras ese maldito *sheriff* esté ahí, no habrá negocio.

—Pero el ferrocarril no es suyo…

—Las versiones organizadas para los obreros, e incluso los almacenes de alimentos, sí que son de Lowell.

—¿Pero los dueños del ferrocarril no se opondrán a que él mate nada menos que a un *sheriff*? ¿No se darán cuenta de las consecuencias que eso puede acarrear?

—Ningún accionista del ferrocarril está ahora aquí.

Lowell es la máxima autoridad, el único a quien la gente sigue. Y no niego que esto pueda tener consecuencias, pero los accionistas del ferrocarril se encontrarán ya ante el hecho consumado. Por la cuenta que les tiene sacarán del lío a Lowell. Son gente influyente, y dentro de un año ya nadie se acordará de esto.

—Nadie… excepto Ethel.

El rubio volvió vivamente la cabeza al oír aquel nombre.

—¿Qué sucede con Ethel?

—Creí que lo sabías.

—¿Saber qué?

—Ella vive en la casa del *sheriff*. Es su hermana.

La sorpresa que se reflejó en la cara de su interlocutor hizo que también se asombrara Finger.

—¿Es que no sabías que ella es la hermana del de la placa? —preguntó.

—Nunca me lo dijo… ¡Y tú estás intentando tenderme una trampa! ¡Estás mintiendo!

Finger notó que sus ligaduras no tardarían en ceder, pero no quiso precipitarse.

—Habría que remontarse al principio de esta cuestión que no entiendo —dijo, mientras cambiaba de postura, para luego poder saltar mejor—. ¿Cómo te llamas?

—Lancaster.

—¿Y dónde conociste a Ethel?

—¿Qué te importa a ti Ethel? ¿Acaso te has enamorado de ella?

Lancaster lo preguntaba con cierto rencor. Finger se dio cuenta de que Ethel no le era indiferente a aquel hombre, ni mucho menos, a pesar de lo que había ocurrido entre los dos.

—No me he enamorado de ella —musitó—, pero quiero que te convenzas de que digo la verdad. ¿Dónde os conocisteis?

—En Washington, en la capital.

—¿Qué diablos hacíais allí?

—Estudiábamos los dos.

—Pues no tienes pinta de haber sido estudiante. ¿Qué clase de asignaturas cursabas?

—Ingeniería de ferrocarriles. Ella quería ser periodista. Estudiaba en una escuela especial.

—¿De modo que tú has estado a punto de ser ingeniero de ferrocarriles y ahora…?

—No he estado a punto. Soy ingeniero de ferrocarriles. Terminé la carrera.

—Pero aquí trabajas de peón…

—¿Y qué quieres que te diga? —El sarcasmo y la amargura pesaban en la voz de Lancaster—. ¿Puede confiarse a un borracho la dirección de una obra como ésta?

—De modo que era eso… —susurró Finger, empezando a comprender—. De modo que os separasteis porque tú no eras más que un borracho…

—Peor que eso… Un borracho y un embustero. Como ella me

gustaba, fingí que había dejado el licor… hasta que nos casamos. Luego todo volvió a empezar…, pero fue mil veces peor.

—¿De modo que Ethel y tú sois…, sois marido y mujer?

Finger estaba tan asombrado que apenas le salían las palabras de la boca. Por primera vez su flema, que le hacía mantenerse sereno en todas las circunstancias, había desaparecido.

—Estuvimos casados tres meses —dijo Lancaster con amargura —. Luego ella hubo de dejarme, porque comprendió que aquello era un infierno… Lo peor fue que no había pedido permiso a su familia para celebrar la boda. Se encontró sin ayuda… y sin nada. Yo no sabía qué había sido de ella hasta que la casualidad nos ha vuelto a enfrentar aquí.

—Pero tú has dicho que ella quería «pescarte». Y la verdad es que, siendo tu mujer, «te ha pescado» ya.

—Puede que tengas razón… Pero no quiero que aquello vuelva a empezar. Yo no me he regenerado y… sería horrible para ella. Mejor dejar las cosas como están ahora.

Finger dio un último tirón a las ligaduras de sus manos, quedando libre. La brasa ya se había apagado, y él tenía chamuscada la piel de las muñecas, pero podía moverse, que era lo importante. Sus nervios empezaron a ponerse de punta cuando oyó tiroteo en la ciudad, lo cual indicaba que ya había empezado el asalto a la casa del *sheriff*.

—¿De verdad no sabes quién es su único pariente? —preguntó con voz baja y tensa.

—No. Nunca me lo dijo.

—¡Es el *sheriff*, idiota! ¡Sólo a un tipo tan intratable como él no se atrevió Ethel a pedirle permiso para casarse! ¿No lo comprendes ahora? ¿No ves que te digo la verdad?

El otro le miró, aturdido, mientras por sus ojos pasaba como un relámpago de estupor.

—¡Es el *sheriff*! —gritó Finger—. ¡Ella es su única hermana y vive en su casa! ¡Van a matarla también!

Lancaster se puso en pie.

—No acabo de creerte. Esto es una tra…

No acabó de pronunciar la palabra «trampa». Antes de que lo hiciese, un fulminante derechazo al mentón lo había enviado a tierra.

Finger, con otro hábil movimiento, cogió el rifle al vuelo antes de que también cayese.

—Yo también voy a divertirme a la ciudad —dijo con voz ronca —. ¡En cuanto a ti, haz lo que te dé la gana, imbécil!

Echó a andar hacia Seymour, sin inquietarse por haberle vuelto la espalda. Un instante después se había perdido entre las sombras, mientras su antiguo vigilante, medio aturdido aún, miraba hacia la lejanía, donde parecía haber estallado un volcán.

* * *

Finger se encaramó ágilmente a un tejado situado a treinta yardas de la casa del *sheriff*, y se hizo inmediatamente cargo de la situación.

Los que sitiaban la casa del *sheriff* no eran ya ocho, sino once. Por lo visto se les habían reunido en el camino tres tipos más de los que querían hacer méritos ante Lowell.

Los sitiadores se dividían en tres grupos.

Uno estaba parapetado en el porche de la casa frontera, al otro lado de la calle. El segundo disparaba desde el tejado de otra casa fronteriza, pero situada más abajo, de modo que pudiera batir las ventanas de flanco. Y el tercero intentaba asaltar la casa del *sheriff* por detrás, obligando a los sitiados a luchar en los frentes.

Sólo dos rifles respondían al fuego desde el interior de la casa. El *sheriff*, herido como estaba, y su hermana Ethel. ¡No podrían resistir demasiado tiempo! ¡Iban a ser aniquilados en cuestión de minutos!

Así no era de esperar que ni el *sheriff* ni su hermana hiciesen puntería. No tenían ángulo para apuntar, sitiados, como estaban, desde todas partes.

Finger hizo un disparo de aviso desde su posición, contra los que estaban en el tejado.

Eran tres. Uno de ellos volvió la cabeza.

Finger, que jamás mataba a nadie sin tenerlo de cara, le voló la cabeza de un segundo disparo.

Los otros dos se tendieron inmediatamente sobre el tejado, haciendo frente al nuevo adversario. Sus rifles crepitaron y comieron materialmente el espacio alrededor de Finger.

Éste comprendió que había sido demasiado confiado al no parapetarse mejor. No le quedó más remedio que dar un ágil salto

desde el tejado a la calle, rodando dos veces por el polvo.

Sus enemigos dispararon de nuevo hacia allí, mientras Finger se lanzaba de cabeza hacia un porche.

—¿Dónde se habrá metido ese maldito de Pouce? —mascullló—. ¿Por qué no me ayu…?

Su cabeza quedó empotrada contra algo blando, en la oscuridad del porche, e inmediatamente se oyó un gruñido. Uno solo, porque el que había recibido el impacto quedó sin sentido. Finger lanzó una maldición al darse cuenta de que acababa de dejar fuera de combate a la única persona en quien podía confiar: el propio Pouce.

Intentó reanimarle con dos cachetitos, pero el pobre Pouce era tan poca cosa que a cada golpecito, por suave que fuese, lo dejaba más dormido.

Mientras tanto los del tejado frontero habían concentrado sus disparos sobre la oscuridad del porche. No podía seguir por más tiempo allí. En cualquier momento, una bala perdida podía acabar con sus inquietudes para siempre.

Corrió a lo largo del porche, deslizándose suavemente, y de pronto quedó paralizado por el estupor.

Dos hombres armados habían surgido a su izquierda, brotando al parecer de la misma oscuridad. Parecían haberle estado esperando. Cuando Finger advirtió su presencia, ya tenía los revólveres apenas a tres pasos.

Ahora, cuando ya era demasiado tarde, se dio cuenta de que aquellos tipos obraban como una fuerza bien entrenada y dirigida. Al verle saltar, algunos de los que atacaban la casa por la parte posterior se habían deslizado hacia aquel porche, queriendo sorprenderle. Y la verdad era que habían tenido éxito.

—Suelta ese rifle.

Ahora Zorro no tenía a mano ninguna de sus tretas. No sabía qué hacer.

¿Obedecer y dejar que le liquidaran como a un perro?

¿Resistir sin ninguna posibilidad de éxito?

—¡Suelta ese rifle o disparo!

De pronto a Finger se le ocurrió algo.

—Claro que sí, pichón.

Los dos revólveres de sus enemigos estaban en la misma línea y a igual distancia. Finger entregó el rifle acostado en sus dos manos,

tapando materialmente los dos cañones, mientras empujaba repentinamente hacia sus enemigos.

Uno de éstos disparó, astillando el rifle, pero la bala no alcanzó a Finger. Éste se encontró de pronto chocando con sus dos enemigos. Todos cayeron en confuso montón.

Claro que Finger seguía contando con todas las desventajas. En una lucha cuerpo a cuerpo, el rifle no servía de nada. Cuando estaba forcejeando con uno de sus enemigos, el otro se sentó en el suelo y le apuntó directamente a la cabeza.

—¡Reza, perro! —gritó.

—Me gustaría saber con qué clase de ladridos tengo que hacerlo —masculló Finger.

Pero no ignoraba que estaba perdido; sabía que ya nada podía hacer para salvar su vida.

Curiosamente, eso le importó bien poco. Desde que enfundó el primer revólver, supo que moriría joven. Buscó una broma o un insulto para acabar dignamente, pero no los encontró.

Su enemigo cerró el dedo sobre el gatillo.

Sonaron dos detonaciones, y los dos hombres que estaban frente a Finger cayeron de costado, con las cabezas barrenadas, mientras lanzaban a la vez un grito casi idéntico.

Zorro Finger miró con asombro hacia el frente.

El que venía con el revólver humeante era Lancaster, corriendo a lo largo del porche. Sus cabellos rubios parecían casi blancos a la luz espectral de la luna. Finger le vio llegar como si viese a un aparecido.

—Esperaba cualquier cosa menos que me salvaras tú la vida —farfulló.

Finger sonrió, mientras se ponía en pie.

—Muchacho, mi abuela solía decirme que hay vidas torcidas que se enderezan en un solo minuto.

—Tu abuela era una bromista.

—Eso díselo a mi abuelo, que se largó a comprar un litro de *whisky* y aún no ha vuelto. ¿Puedo estrechar tu mano?

—Es… la mano de un borracho.

—No debe temblar tanto, cuando ha acertado los dos disparos a la primera.

Los dos hombres tendieron cada uno su mano derecha, e iban a

estrechárselas cuando una bala por poco se lleva los dedos de los dos al mismo tiempo.

Ambos hicieron un mismo gesto, retirándose vivamente, y en aquel momento apareció Pouce con un revólver más grande que él.

—Quieto, mequetrefe, o…

Se quedó petrificado al ver la mirada que le dirigía Finger.

—¿Ahora despiertas? ¿Y creías que este hombre iba a matarme?

—Jefe, me ha parecido que…

—Tú estás soñando, Pouce. Pero vamos, no hay tiempo que perder. Puesto que nuestros enemigos están divididos en tres grupos, vamos a dividirnos nosotros también en tres.

—¿Y hacia dónde vamos?

—Lancaster, con el rifle, se encargará de los del tejado. Tú tirotea a los del porche, y yo me encargaré de los de atrás.

—Quizá sean ésos los más peligrosos…

—Habrá que comprobarlo. Nos reuniremos en casa del *sheriff* si todo ha ido bien. Si ha ido mal… nos atizaremos la última borrachera en el Valle de Josafat.

Se esfumó entre las sombras sin una palabra más. Adivinaba que sus enemigos estaban ahora desorientados, y lo estarían aún durante cuatro o cinco minutos más. Había que aprovecharlos.

Mientras los disparos retumbaban en todas direcciones, Finger se pegó a la pared de una de las casas y avanzó sosteniendo en la mano derecha el revólver de uno de los muertos. Se movía con la rapidez y el silencio de un auténtico *zorro*, y sus enemigos no advirtieron su presencia hasta que ya estaba materialmente sobre ellos. Vio que eran dos.

Les dejó tiempo para girar los revólveres, pero para nada más.

Las dos balas liquidaron a los dos forajidos sin hacerles sufrir en lo más mínimo. Cada una de ellas atravesó limpiamente un corazón. Finger volvió a perderse inmediatamente entre las sombras, para que no le dispararan desde la casa tomándole por un enemigo.

Desde la oscuridad llamó:

—¡Ethel! ¡Chist! ¡Ethel!

Una voz femenina contestó:

—Puedes avanzar. Pero ten el revólver sujeto por dos dedos solamente. ¡Y que yo lo vea bien!

Finger obedeció. En esos casos siempre

resultaba' mucho
mejor que hacerse el guapo. Cuando llegó junto a la casa, un rayo de luz procedente de una ventana abierta de golpe, cayó sobre él. Entrevió confusamente el rifle y la mujer que lo empuñaba.

Pero aquella mujer no era Ethel, sino Jessica. Jessica iba vestida tal como la conoció en el saloon de la llanura, aunque ahora sus bonitas facciones estaban tiznadas de pólvora. Siguió apuntándole, sin confiarse demasiado ante la cara de asombro de Finger.

Éste preguntó con un soplo de voz:

—¿Puedo pasar, hada buena?

—Pasa. Confío en que no nos servirás de estorbo.

Finger pasó al interior, saltando sobre el alféizar de la ventana. Ésta fue cerrada inmediatamente otra vez, aunque ya no parecía haber peligro por aquel lado.

El joven contempló admirativamente a Jessica, que ya había ido bajando el rifle poco a poco.

—¿Puedo saber de qué lado estás, muchacha?

—En el del *sheriff*, ¿por qué?

—Pues… porque no comprendo qué diablos hacías entonces en el local de Lowell.

—Quería estar una sola noche allí y saber lo que se preparaba. Cuando hirieron a Tony Holden, comprendí que no tardarían en decidir matarle. Entonces fui al local de Lowell para enterarme de lo que se preparaba contra él. Gracias a mí precisamente, esos pistoleros no nos han pillado de sorpresa.

—Y… ¿qué significas tú para el *sheriff* Holden?

Cosa extraña, al hacer aquella pregunta Finger sintió la mordedura cruel de los celos. No comprendía por qué, pero era así. Esperó anhelante las palabras de Jessica, como si éstas fueran una sentencia.

Ella susurró:

—El *sheriff* Holden me sacó de un tugurio al que había ido a parar cuando no tenía a nadie en el mundo. Él fue quien evitó que cayese en uno de los más bajos abismos en que puede verse hundida una mujer.

—¿Y… te trajo aquí?

—Sí. Fue poco después de la muerte de su esposa.

Otra vez los celos mordían el corazón de Finger. Éste sentía

vergüenza de sí mismo, pero no podía evitarlo. Aquella mujer era como un vino que le había alterado la sangre. Desvió los ojos para no verla tan palpitante, tan cerca.

—Intentó acostumbrarse a la idea de que yo era como su esposa —añadió Jessica lentamente—. Jamás se acercó a mí, jamás me miró dos minutos seguidos, pero yo notaba que mi presencia era como un bálsamo para él. Estaba como trastornado… Necesitaba el consuelo de la presencia de otra mujer. Yo le estaba tan agradecida que nunca le contradije.

—Pero eso debía ser muy cruel para ti… Nunca salías de esta casa, ¿verdad?

—Nunca, pero había otra razón para quedarme en ella.

—¿Otra razón?

—Sí. El hijo de Ethel.

Finger sintió que sus ojos subían y bajaban dos veces, como los de un muñeco de feria.

—¿El… hijo… de… Ethel?

—El de ella y un hombre llamado Lancaster. Seguramente tú no conocerás la historia de su breve matrimonio.

Zorro Finger tragó saliva lentamente, como si tuviera una bola en la garganta.

—Bueno, yo… pues… ¡Diablos! ¿Y quieres hacerme creer que Holden no sabía que en esta casa había un niño?

—No lo sabía.

—¡Es imposible!

—Esta casa está junto al Banco, pero no sé si te habrás dado cuenta de que comunica con la iglesia.

—Sí…, bueno…, pero…, ¿pero qué tiene eso que ver?

—El ama de llaves del pastor de almas lo cuidaba en las horas más difíciles. En algún momento, claro, se nos presentaron problemas, como por ejemplo cuando hube de entrar dos veces en tu habitación para buscar en el armario una medicina. Aquel armario era el único sitio donde Holden no hubiera buscado jamás… y por eso la teníamos allí. La primera noche no pude alcanzarla porque noté que estabas despierto, pero la segunda vez la necesitaba como fuese… No había tiempo de ir a buscar otro frasco a la ciudad y el niño estaba muy enfermo…

Finger se pasó una mano por la frente, como si despertase de un

extraño sueño. Los disparos habían cesado minutos antes, pero él ni siquiera se daba cuenta.

—Ahora lo comprendo todo… —susurró—. Pero podía haber tenido confianza en mí, explicármelo todo…

—No sabíamos qué clase de hombre eras. No podíamos arriesgarnos.

—Fue casi inhumano no decírselo al *sheriff*…

—El jamás hubiera perdonado a su hermana.

En aquel momento la ventana que acababan de cerrar fue empujada suavemente desde fuera. Los dos apuntaron a la vez, pero bajaron las armas al ver que el que pretendía entrar era el propio Lancaster.

Éste presentaba una pequeña herida en la mejilla, pero estaba bien. Y sus ojos brillaban con una alegría que quizá no habían tenido nunca.

—Todo ha terminado por ahí delante —explicó—. Uno de los asaltantes muertos es el propio Lowell… Por cierto, he visto al hombre que escribió una carta pidiendo que me contratasen en el ferrocarril, y me envió dinero para llegar hasta aquí. No sabía que fuese el *sheriff* de este villorrio…

Finger y Jessica se quedaron sin habla. Los dos se miraron a la vez.

—De modo que el *sheriff* sabía… —farfulló Finger.

—De modo que a su manera él intentó arreglarlo todo… —continuó Jessica.

—No sé de qué habláis —murmuró Lancaster, mientras pasaba su derecha por el alféizar de la ventana.

—Muy pronto lo sabrás —dijo Finger—. Amigo, eres un hombre de suerte. No sólo tienes una mujercita, sino también un hijo que va a hacer lo posible para que no te aburras. ¿Ya has visto a Ethel?

—Sí. Y me ha dicho que…, que quería hablar conmigo.

—¿Pues a qué esperas, carcamal? Pasa por esa habitación. ¡Darás menos vuelta!

Lancaster hizo lo que se le indicaba, abriendo la puerta con mano insegura y tímida, y Zorro y Jessica se miraron a los ojos.

—Creo que les va a costar muy poco esfuerzo llegar a ser un magnífico matrimonio —musitó él.

—Cosa que a ti no te sucederá nunca, ¿verdad, Finger? Tú eres

de los que no caen.
—¿Yo? ¡Claro que no!
—A ti no hay mujer que te conquiste…
—¡Ni una!
—Eres listo como un zorro…
—Acertaste. Eso es… ¡eso!
Ella se acercó un poco.
—Compadezco a la que se enamore de ti…
—Claro. Pobrecilla.
Otro paso.
—Le darás cada desengaño…
Un último paso. Sus cuerpos ya casi chocaban.
—¡Uf! Unos desengaños de muerte.
—¡Qué pena siento por ella, Finger!
—Y yo… Yo también. Con gusto me echaría a llorar por esa pobrecilla.
—¿No ves que yo estoy llorando ya?
Al contrario. Sus ojos brillaban y sus labios sonreían. Los labios rojos, pulposos y frescos de Jessica.
—Eres…, eres una tigresa.
—Y tú un zorro. No nos entenderemos nunca.
—¿Por qué…?, ¡ejem! ¿Por qué no probamos…?
—¿Te atreves?
—Ahora que estamos solos…
Los labios de Finger buscaron los de Jessica. Los de Jessica buscaron los de Finger.
Total, la batalla de Gettysburg.
El beso debió oírse en toda la casa, porque la verdad es que no disimularon nada.
Menos mal que, en las otras habitaciones, Ethel y Lancaster reían y lloraban a la vez, el pequeño berreaba y el *sheriff* juraba que no iba a poner más obstáculos al ferrocarril ni a ser tan cerrado de mollera como lo había sido antes.
Pero ellos no se daban cuenta.
Ni pizca.
Finger sólo acertó a repetir, a ver si había suerte con otro beso:
—Estamos solos, nena…
En aquel momento brotó una vocecilla de debajo de una mesa

que ocupaba el centro de la habitación:

—Jefe, yo siempre estoy cerca de usted…

Finger largó un puntapié a Pouce, pero en lugar de alcanzarle a él tumbo la mesa.

Ninguno de los dos oyó el estrépito.

Jessica tenía los labios entreabiertos.

Finger probó otra vez. Y hubo suerte.

FIN